

Vida universitaria y leyendas de la biblioteca

II CERTAMEN LITERARIO
DE NARRATIVA BREVE



BIBLIOTECA UCA



LIBRO DE BIENVENIDA



UCA

Universidad
de Cádiz

Vida universitaria y leyendas de la biblioteca

II CERTAMEN LITERARIO
DE NARRATIVA BREVE
BIBLIOTECA UCA

LIBRO DE BIENVENIDA

Vida universitaria y leyendas de la biblioteca : II Certamen Literario de Narrativa Breve, Biblioteca UCA : libro de bienvenida. – Cádiz : Universidad de Cádiz, Servicio de Publicaciones,D.L. 2014. - p. ; 10,5 cm.

D.L.: CA 241-2014

I. Cuentos españoles-S.XXI I. Universidad de Cádiz, Servicio de Publicaciones.

860-3“20”

Este libro se ha impreso utilizando papel procedente de bosques gestionados de manera sostenible y con tintas que no contienen metales pesados. Todo ello aplicando criterios para la gestión sostenible de las publicaciones, en desarrollo por el proyecto Life+ Ecoedición de la Consejería de Medio Ambiente y Ordenación del Territorio de la Junta de Andalucía.



ecoedición
[proyecto piloto]
Impactos ambientales

Agotamiento de recursos fósiles	Agotamiento del ozono CFC - 11eq	Huella de carbono CO ₂
0,05 kg petróleo eq 1,21 %	1,85E-8 kg CFC - 11eq 0,03 %	0,17 kg CO ₂ eq 0,58 %

El porcentaje hace referencia al impacto ambiental medio de un ciudadano europeo por día

© Biblioteca de la Universidad de Cádiz, 2014

© Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2014

© De cada capítulo su autor

Edita: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz
C/ Doctor Marañón, 3 - 11002 Cádiz (España)
www.servicio.uca.es/publicaciones
publicaciones@uca.es

Depósito Legal: CA 241-2014

Diseño de cubierta: Rafael Galán

Motivo de interior: Miguel Álvarez Delgado

Maquetación e impresión: Tórculo Andalucía

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra»



Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional

ÍNDICE

Presentación	9
Alejandra Boubeta Puig La fiesta de las emociones	11
Gracia María Ruiz Martínez Asalto a la razón	29
David Hernández Ortega <i>¡KAPOW!</i>	49
Alberto Montero Rosado Lápices de colores	69
Emilio Manuel Prieto Maehokama Cuatro años, cuatro fotos	83

PRIMER PREMIO

Alejandra Boubeta Puig. *Grado en Administración y Dirección de Empresas*

SEGUNDO PREMIO

Gracia María Ruiz Martínez. *Grado en Medicina*

ACCÉSITS, en orden alfabético

David Hernández Ortega. *Grado en Filología Hispánica*

Alberto Montero Rosado. *Máster Universitario en Creación de Empresas, Nuevos Negocios y Proyectos Innovadores*

Emilio Manuel Prieto Maehokama. *Máster Universitario en Abogacía*

El jurado del II Certamen de Narrativa Breve «Biblioteca UCA» ha estado formado por los siguientes miembros:

Presidenta

Ana Alonso Lorente. *Presidenta del Consejo Social de la UCA*

Vocales

Ana Bocanegra Valle. *Directora del Servicio de Publicaciones de la UCA*

Ricardo Chamorro Rodríguez. *Director del Área de Biblioteca y Archivo de la UCA*

Elena López Torres. *Escritora, Profesora Titular de Universidad de Filología Inglesa de la UCA*

M.^a Carmen Orcero Domínguez. *Escritora, Licenciada en Historia y Máster en Archivística*

Pilar Castro Virián. *Gestora del Departamento de Física Aplicada de la UCA*

Ricardo Carrero Galofré. *Coordinador del Comité de Responsabilidad Social del Área de Biblioteca y Archivo*

Secretaría y custodia documental

Guillermo Ruiz Domínguez. *Técnico especialista de la Biblioteca de la UCA*

*Un libro abierto es un cerebro que habla;
cerrado, un amigo que espera;
olvidado, un alma que perdona;
destruido, un corazón que llora.*

Proverbio hindú

Presentación

Estimado alumno, estimada alumna:

Te damos la bienvenida con un libro, la mejor manera de recibirte en una institución cimentada en la generación y transmisión del conocimiento.

La obra que tienes en tus manos se compone de cinco relatos escritos por dos alumnas y tres alumnos de nuestra Universidad, que, desde diversas perspectivas individuales, relatan episodios concretos de su experiencia universitaria.

Son los relatos ganadores del *II Certamen Literario de Narrativa Breve*, promovido por la Biblioteca de la UCA con la colaboración de nuestro Servicio de Publicaciones y el apoyo de Quorum Libros.

Relatos llenos de vida, contados en primera persona, que testimonian las vivencias diversas,

sorprendentes y enriquecedoras que experimentan aquellos estudiantes que, como tú, han decidido convertirse en universitarios y formarse en nuestra Universidad.

Una obra que es el resultado de la creación literaria de alumnos y alumnas con talento expresivo y ganas de contar sus vivencias y del esfuerzo de los promotores de un certamen que pretende ser un cauce para que nuestros jóvenes escritores compartan sus reflexiones y, esperamos, el inicio de una trayectoria literaria ilusionante.

Te deseo lo mejor en este período que ahora comienzas. Bienvenido, bienvenida a la Universidad de Cádiz.

Un abrazo,

Eduardo GONZÁLEZ MAZO
Rector Magfco. de la Universidad de Cádiz

La fiesta de las emociones

Alejandra Boubeta Puig

Cuenta la leyenda que en una de las húmedas noches de invierno gaditanas, un pequeño de ocho años y ojos claros paseaba por la fina arena de la playa bajo la atenta pero lejana mirada de su madre. Corriendo por la orilla, reparó en una luz que llamaba su atención cerca de las piedras. Intrigado, dirigió el rumbo de sus pasos hasta allí y, conforme se aproximaba, la luz resultaba más y más intensa. Al pararse frente a la luz, descubrió que se trataba de una caja de cristal traslúcido. Impulsado por la intriga, quiso deslizar la tapa para saber qué contenía en su interior. Sin embargo, resultó imposible alcanzar su objetivo. Decepcionado, se decidió a correr hacia el lugar donde su madre lo esperaba, con la intención de pedir su ayuda. Lo que el pequeño desconocía era que, en ese momento, estaba

sosteniendo en sus manos la caja de la esencia de todas las bibliotecas de la ciudad.

La caja de cristal traslúcido contenía en su interior mucho más de lo que su inocente cerebro podría imaginar. Aceleró su paso y, como consecuencia de ello, tropezó. Entonces, la caja cayó al suelo, desquebrajándose por el contacto con una piedra. El pequeño, tendido sobre la arena, miró sus manos, y las colocó sobre sus ojos para enjugar las lágrimas que había empezado a derramar con motivo del susto que había supuesto para él tal tropiezo. Sin embargo, el llanto llegó a su cese cuando vio salir de la caja rota diversas figuras que como halos de luces iniciaron el camino hacia la biblioteca de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales.

El chico corrió tras las figuras. Al cruzar la carretera decidió seguir observando tal peculiar situación desde detrás del característico árbol que preside la sede de los empresarios gaditanos. Sus ojos no daban crédito al ver cómo la puerta de entrada se abría ante él, mientras las figuras empezaban a adentrarse en el edificio. Incrédulo, y guiado por un impulso, decidió seguir sus pasos antes de que la puerta volviera a cerrarse. Vio a todas las figuras danzar por el patio hasta adentrarse en la biblioteca. Atónito, decidió observar qué ocurría desde detrás del mostrador.

Cuando todas las figuras hubieron desalojado la primera planta, el chico se atrevió a bajar con

sigilo las escaleras que le llevarían al cementerio de los libros; al cúmulo del saber. Al llegar a la planta baja, abrió los ojos con asombro. Recordó entonces las veces que de la mano de su hermano mayor había estado allí con anterioridad para recoger algún libro que le hacía falta. La imagen que reproducían sus ojos verdes en ese momento nada tenía que ver con la que su mente recordaba ya que nunca había visto todas aquellas mesas y sillas completamente vacías. Tan sólo las estanterías estaban ocupadas por todos los libros y revistas que se amontonaban con orden definido.

Llevó su mano al bolsillo izquierdo de su pantalón, donde se encontraba una pelota de goma. Preso de nerviosismo, la pelota resbaló entre sus dedos, dando lugar a la respuesta de los espacios desocupados: el eco. La pelota rodó por el suelo y el pequeño corrió tras ella, esperando no ser descubierto por las figuras que con orden caótico se situaban por todos los lugares de la biblioteca. No obstante, nadie pareció reparar en su presencia. Todas las figuras seguían danzando libremente. Y, aún sin hacer nada en especial, parecía que estuvieran excesivamente ocupadas, desplazándose sin rumbo por los pasillos que creaban el espacio existente entre cada estantería y mesa, y entre cada mesa y estantería.

De pronto, escuchó unos pasos tras de sí, y presa del miedo se escondió bajo una de las mesas de madera que sostenía un obsoleto ordenador

de mesa. Los pasos estaban cada vez más cerca, y el pequeño tapaba sus ojos con sus rodillas, y sus oídos con sus manos. Cerró con fuerza los ojos, y apretó los puños; como si aquel mero acto hubiera podido conseguir en el peor de los casos, un resultado favorable y óptimo. Cuando dirigió su mirada al frente se topó con los ojos de una mujer de unos cuarenta años que llevaba el pelo recogido en un moño y sostenía una linterna en su mano derecha. Vestía una falda negra a juego con una chaqueta y una camisa blanca, y se había arrodillado ante la mesa para acercarse al pequeño. Le tendió la mano, y con voz cálida le sugirió que no tuviera miedo.

—¿Me va a hacer daño? —tartamudeó temeroso.

La mujer sonrió mientras le ayudaba a incorporarse.

—Claro que no, pequeño. Dime, ¿cómo te llamas?

—Da...Daniel —atinó a responder—. Yo sólo... paseaba por la orilla de la playa cuando... La caja se cayó, y yo iba a buscar a mi mamá, y entonces...

—Tranquilo, Daniel —respondió ella mientras acariciaba su pelo con una ternura más propia de una madre que de una desconocida que acaba de llegar a la vida de alguien—. Sé cómo has llegado hasta aquí, y no debes tener miedo. Estás aquí porque dejé abierta la puerta para ti cuando te vi dubitativo tras el árbol.

Daniel dirigió una mirada de incredulidad a la chica.

—Por cierto, mi nombre es Laura. Y soy la bibliotecaria de esta facultad —le tendió la mano con una amplia sonrisa—. Encantada de conocerte.

El chico carraspeó, e intentando simular la madurez propia de los adultos tendió con toda la firmeza que le fue posible su mano, para estrecharla con fuerza y temblor a la par. Consciente del nerviosismo del pequeño que tenía delante, Laura decidió romper el hielo para intentar hacerle sentir cómodo.

—¿Tienes miedo de todas esas figuras que has visto entrar aquí?

El niño asintió con la cabeza, mientras mantenía su mirada fija en el frío suelo de mármol que pisaban sus pies.

—¿Quieres saber qué son y por qué te han guiado hasta aquí?

Volvió a asentir, aún sin confianza.

—¿Sabes? Todas las noches, cuando las bibliotecas se quedan vacías, las emociones interaccionan entre sí. Se reúnen todas en algún recipiente y, posteriormente, consiguen deshacerse de las cadenas, para liberarse y desfilan hasta este lugar.

—¿El recipiente ha sido mi caja? —se atrevió a interrumpir Daniel motivado por la curiosidad que toda esa inesperada situación había despertado en él.

Laura se sentía satisfecha por haber conseguido motivar las preguntas del pequeño hasta el punto de llegar a interaccionar con ella. Y, sin de-

jar lugar para el silencio que pudiera incomodarle, asintió con la cabeza.

—Exactamente. Y debes sentirte afortunado, porque cada noche eligen a la persona que desean traer hasta aquí para hacerles disfrutar de la bella danza de las emociones propias de la biblioteca. Y, en esta ocasión, te han elegido a ti.

La idea pareció sorprender aún más al temeroso chico que, con las manos en los bolsillos, y las cejas levantadas inquirió:

—¿A mí? ¿Por qué yo?

La bibliotecaria fijó su atención en la mochila que el pequeño cargaba a sus espaldas. Y, tras ello, le preguntó:

—Dime Daniel, ¿puedo saber qué llevas en tu mochila?

El pequeño se deshizo de las asas. Desplazó lentamente la cremallera hacia la derecha, y le mostró el contenido a Laura, que lo miraba sin perder en ningún momento su sonrisa característica.

—¿Te gusta leer? —le preguntó mientras colocaba tras su oreja un mechón de pelo que se había separado rebelde del peinado que había fijado con laca durante horas.

—Sí; me gusta mucho. Mis papás trabajan todo el día, y muchas tardes vengo con mi hermano a la biblioteca de los mayores para no molestar en casa a nuestra abuela, que está enferma y se pone triste cuando hacemos ruido en casa mientras duerme.

Laura sonrió con ternura, y decidió que quería saber un poco más sobre aquel pequeño. Sin ninguna duda, sería fácil adivinar la razón por la cual las figuras de las emociones habían decidido reparar en él en aquella noche de invierno.

—¿Qué le pasa a tu abuela, pequeñajo?

—Pues no lo sé. Nunca nos habla, y mi madre se pone muy triste porque cada mañana se olvida de quiénes somos. Para que se duerma, cada noche le leo mi cuento favorito. Creo que le gusta muchísimo, porque sonrío día tras día como si nunca antes lo hubiera escuchado. Lo único que me enfada es que nunca recuerda mi nombre... —frunció el ceño dejando ver con total claridad la sensación de frustración que dicha realidad provocaba en él.

La bibliotecaria tomó entre sus manos el libro que estaba dentro de la mochila, y mientras tanto, el pequeño prosiguió:

—Pero no pasa nada, mamá siempre me dice que tenemos que esperar. Siempre me promete que al día siguiente la abuela se acordará de mi nombre, pero nunca ocurre. Aun así, cada tarde leo este mismo libro, para aprender bien el cuento y poder contárselo a la perfección. Siempre he confiado en que, si le cuento detalladamente la historia, no la olvide al despertar.

La inocencia de los niños siempre alimenta la sensibilidad de esos adultos que, por la prisa de los hábitos que encierran sus rutinas, olvidan que, en ocasiones, es bueno dejarse llevar por los senti-

mientos; en otras palabras, olvidan en qué consiste eso de confiar a ciegas en todo cuanto se atreva a llamar a la puerta bajo la promesa de ilusionar.

—Creo que ya entiendo por qué te han elegido a ti, fíjate —hizo una pausa y sonrió—. Pero quizá aún no seas lo suficientemente mayor como para comprender cómo se distingue a las personas grandes en los cuerpos pequeños. Y, bien pensado, tampoco debes tener prisa; será mejor que, por el instante, simplemente aceptes un «porque sí» como respuesta.

—Pienso que se equivoca... Conozco a personas mucho más buenas que yo; por ejemplo, mi mamá. Trabaja hasta tarde cada día, al llegar a casa cuida de que no nos falte de nada y siempre vigila desde su ordenador que no me equivoque contándole el cuento a la abuela. ¡Siempre he pensado que si no fuera por su supervisión, la abuela no me prestaría atención cuando intento contarle el cuento! Mamá siempre la justifica, y me dice que la abuela está mayor y que se ha vuelto despistada... Pero yo pienso que, quizá, hice algo mal cuando era más pequeño, y por eso no desea recordarme... Pero cuando me pongo triste por pensar así, mamá me lee a mí un cuento nuevo, y espera hasta que me duermo para arroparme y darme un beso de buenas noches en mi frente.

—¿Y tu papá, Daniel?

—Mi papá se fue lejos a trabajar cuando era pequeño. No sé cuándo volverá... Algunas veces

aprovecho que vengo a la biblioteca para escribirle cartas pidiéndole que venga a verme, y se las doy a mi hermano para que se las envíe por correo... Pero parece que no tiene tiempo para responderme... El problema es que allí donde vive no existen los carteros ¿sabe? Entonces, la carta tendría que llegarme en avión o coche... Y todo se hace mucho más difícil.

—Entiendo.

Laura sacó del bolsillo de su chaqueta un par de caramelos y se los ofreció al pequeño.

—¿Tienes hambre?

Daniel sostuvo el caramelo con sabor a fresa en su mano derecha y guardó el de limón en su bolsillo izquierdo.

—Es el favorito de mi hermano, si no le importa, me lo llevaré para él —ofreció sin miedo a parecer atrevido por tal discurso.

—Me parece perfecto. Ahora guarda la pelota y el libro y cuélgate la mochila a los hombros, que voy a enseñarte un poco cómo funciona todo esto.

La bibliotecaria se dejó caer sobre una de las mesas de madera situadas en el centro.

—Mira allí —le indicó señalando con su dedo índice hacia su izquierda—. ¿Ves esas dos figuras que corren la una tras la otra?

El chico asintió.

—La figura blanca se llama Alegría. Simboliza todas las sonrisas que los amigos y compañeros comparten en las bibliotecas. La Alegría es neces-

ria para afrontar las jornadas de biblioteca siempre. Son la esencia que no se debe perder bajo ningún concepto. Es importante no dejarla ir. Siempre debe permanecer al lado de los estudiantes que acuden a este lugar. Es importante que entiendan la biblioteca como un lugar donde poder intercambiar un par de sonrisas. A veces Silencio se enfada, por eso la persigue sin cesar. El verdadero problema es que Alegría suele venir precedida de alguna broma o tontería que le hace romperse en dos. Mantienen una relación compleja. Silencio es la figura morada que se mantiene de pie junto a Alegría. Y se considera a sí mismo el rey de este lugar.

—Mi hermano siempre me dice que debo estar callado cuando venimos, y nunca me deja reírme cuando encuentro alguna historia divertida en mis libros. Es decir, verdaderamente... es el rey ¿no? Siempre me ha dicho que estar en Silencio es la primera de las leyes de cualquier biblioteca, especialmente de las de los mayores.

La mujer se sorprendió gratamente al comprobar que el pequeño había sido capaz de entender la insólita situación que estaba viviendo. O, al menos, había sido capaz de seguir el hilo a la perfección.

—Y tienes razón. Silencio es la primera ley, pero no por ello es el único rey del lugar. Debe aprender a convivir con el resto de las emociones y, en ocasiones, le cuesta comprenderlo. En la vida debemos saber aceptar nuestro papel en cada momento. Según el tablero en el que nos movamos

como fichas, adaptaremos la posición del rey o la del peón, y ambas son igual de válidas dado que las dos son necesarias para poder desarrollar hasta el final una partida en el juego. La dificultad reside en saber aceptar el rol que la vida nos exige en función del tiempo y el lugar.

El pequeño dirigió su mirada al suelo para, posteriormente, fijarla en los ojos de ella. Mostró una expresión de entendimiento y rascó su rodilla derecha.

La bibliotecaria cogió en sus manos el libro que algún alumno con prisa debía haber olvidado colocar en su lugar antes de marchar ante el sonido de la señal acústica. Daniel unió sílabas a duras penas hasta que consiguió descifrar el título de un libro que, sin duda, correspondía a algún alumno de medicina o enfermería.

«¡Qué lástima cuando olvidamos los libros por las prisas!», pensó ella para sí. Y, es que, verdaderamente, es una pena que las páginas de las aventuras lleguen a ser entendidas como obligación, suponiendo rechazo en tiempo de ocio.

Tras ello, siguió los pasos de la mujer que se dirigieron hasta la estantería del fondo de la biblioteca con el fin de situar el libro en su lugar correcto.

—¿Y esa figura verde?

—¿Hablas de la Esperanza? —preguntó Laura volteando su cabeza hasta dirigir la mirada al punto al que se refería el pequeño.

—Creo que sí... No llego a verla muy bien, porque al lado hay otra figura de color negro que intenta taparla.

—Toma asiento —le ofreció poniendo a su disposición una silla color corinto—. Verás, Daniel, la Esperanza pretende llenar toda la biblioteca a diario, pero la Frustración lucha en su contra y no siempre es fácil.

El chico frunció el ceño, y su mirada mostraba un interrogante innegable. Era evidente que la inocencia volvería a mostrarse en forma de pregunta en un breve espacio de tiempo.

—Pero... si la Frustración no es buena, ¿por qué la invitáis a venir? ¿No podríais cerrarle la puerta?

La bibliotecaria acarició la mesa con sus uñas, dubitativa. No había duda de que estaba ante un pequeño verdaderamente especial.

—En la vida, no siempre podemos elegir. Y no todo es bueno. Debemos aprender a vivir con experiencias positivas y negativas; saber afrontar lo malo para llegar a disfrutar de lo bueno que está siempre por llegar. Sin lugar a dudas, la Esperanza será el valor más grande con el que te topes a lo largo de tus años. Es quien va a acompañarte en los momentos más tristes, y quien va a impulsarte a seguir cuando Frustración, inevitablemente, venga a intentar hacerse contigo. En esos momentos pensarás en abandonar. En dejar el camino que previamente decidieses seguir. Pero debes ganarle la partida al miedo al fracaso, y aprender a decir en

voz alta y sin titubeos que no. Para los estudiantes, la Esperanza es el alimento que sus almas necesitan para seguir, para poner empeño y para enriquecer el rumbo de sus pasos. No obstante, no siempre obtienen recompensa al Esfuerzo y, ante eso, Frustración se hace con ellos haciéndoles dudar.

Daniel volvió a asentir.

En ese momento, recordó todas las veces que había escuchado a su madre sollozar durante noches enteras cuando pensaba que él ya estaba dormido. Cuando eso ocurría, siempre se introducía en las sábanas de la cama de ella, y entonces su llanto cesaba, mientras ella le explicaba que era muy importante no perder nunca la Esperanza. De alguna manera, era como si el rompecabezas de su pequeño cerebro comenzara a perfilar de una mejor manera las piezas que lo componían. En otras palabras, era como si hubiera ido a encontrar todas las respuestas a aquellas preguntas que día tras día había dejado sin formular antes de irse a dormir para no interrumpir el transcurso de su cuento.

Dirigió una mirada hacia las blancas paredes de arriba a abajo, como si buscara algo. Laura, al percatarse de ello, inquirió:

—¿Buscas algo, pequeño?

—Sí... Bueno... Siempre me he preguntado por qué todas las paredes están llenas de arriba a abajo, sin dejar espacio para algún reloj de pared que indique qué hora es.

Laura no salía de su asombro al caer en la cuenta de la perspicacia que lucía aquel pequeño de ocho años. Aprovechando la pregunta le explicó:

—La culpa de que no existan relojes es de la figura roja. Se llama Motivación. En ocasiones es un poco agresiva, de ahí su color. No podemos decir que sea una mala esencia, pero es pasional como pocas. Cuando aparece pretende acabar con la existencia de límites. Su mayor deseo es hacer desaparecer las posibilidades de Fracaso o Tristeza. Es un poco irreal, a veces... Y hay que hacerla entrar en razón... Eso sí... Para un estudiante que se enfrenta a un futuro incierto y que consume las horas de sus tardes entre estas paredes, no existe fórmula más explosiva que aquella que se origina cuando el trío Esperanza, Motivación e Ilusión aúna sus fuerzas. En esos momentos, todas las figuras oscuras reciben patadas y son eliminadas del camino...

—Y, si sólo con ellas es suficiente para que vaya genial la vida de los estudiantes, ¿por qué no las dejáis entrar solo a ellas?

La mente de aquel joven no abandonaba la utopía de ninguna de las maneras. No cabía duda de que aún le faltaban muchas experiencias por protagonizar dentro de su cuento para poder seguir creciendo y aprendiendo a base de moralejas tan reales como crueles, a ratos.

—¿Sabes qué le ocurre a las cosas más bonitas de la vida?

—Que no son eternas. Mi mamá siempre me lo dice. Por eso quiere que disfrute mucho de los abrazos de mi abuela.

La bibliotecaria quedó atónita ante tal respuesta. No existía otra posibilidad, más que la evidente: aquel chico, aun siendo pequeño, ya concentraba demasiado potencial en su corazón, y ya había tenido que experimentar alguna que otra situación que, probablemente, en el estándar ideal de vidas no se contemplase en su rango de interés.

—Exacto. Y, además, ocurre que son las más frágiles que existen. Mira, sin ir más lejos, qué ocurrió con la caja que encontraste. Esperanza, Motivación e Ilusión unidas son maravillosas, y nadie nunca lo negará... Pero son tan especiales que, a poco que las rocen, pueden desquebrajarse, sin más. Generalmente lloramos diez veces por un suspenso; mientras que sólo saboreamos el Éxito de un aprobado una sola vez. Ilusión da miedo, siempre, porque le viene persiguiendo el Fracaso. Estoy segura de que en muchas ocasiones habrás escuchado que de Ilusiones se vive... Pero no siempre puede ser así. Los pies deben situarse siempre en la tierra. Todo estudiante debe ser consciente de sus límites para respetarlos, pero nunca para temerlos puesto que, con Esfuerzo colaborando, es probable que los límites superiores puedan verse superados.

—¿Son estas las razones por las cuales mi hermano vive siempre tan agobiado desde que entró en la universidad? —preguntó el pequeño, con el ob-

jetivo de seguir obteniendo respuestas para todos esos interrogantes que siempre le habían enturbiado.

Al leer la preocupación en sus ojos, Laura volvió a acariciar la mejilla de Daniel envolviendo su cuerpo con sus brazos.

—¿Sabes? Tu hermano no siempre tiene un sentimiento de preocupación. Lo único que ocurre, es que tenemos una tendencia generalizada a potenciar los sentimientos más amargos. Nadie sabe por qué. Existen miedos muy diversos en la vida. Y, uno de los más grandes es el miedo al Fracaso. Cuando la figura gris se aproxima a un estudiante, lo lleva a predecir por adelantado su mal resultado. En ocasiones sería bueno asumir que todo lo que no va a aportar, se debe apartar; pero nos cuesta. Somos una especie compleja. Rara vez celebramos por adelantado las posibles victorias; pero sí que asumimos derrotas con suma rapidez.

Una señal acústica semejante a la que cada tarde a las nueve indicaba que el tiempo había expirado sonó.

—Vamos, Daniel... Debemos comenzar a recoger a prisa todo cuanto los estudiantes hayan dejado olvidado por aquí. ¿Me ayudas?

El chico se remangó la camiseta que tapaba sus brazos y se puso manos a la obra. Se topó con apuntes, notas rápidas, libros, cuadernos y alguna que otra anotación en las mesas de madera. Recogió con sigilo todos los libros que habían quedado fuera de

su lugar y, por alguna razón que desconocía, fue capaz de encontrar el espacio que debían ocupar.

La segunda señal acústica sonó. Y para entonces toda la biblioteca estaba en orden perfecto. Tan sólo enturbiaban la imagen todas las figuras de colores que, sin ton ni son, seguían persiguiéndose, ocupando por completo la biblioteca con motivo de la rapidez de sus pasos.

A la tercera y última señal las figuras pararon y, sin más preámbulo, desaparecieron. Daniel dirigió una mirada expectante a la bibliotecaria.

—Un nuevo día está por venir, es hora de que desaparezcan de aquí para no ser vistas. El cometido de todas las esencias de la biblioteca es dejar constancia de su presencia cada noche por todas las bibliotecas de la ciudad para que, al día siguiente, los estudiantes puedan acogerse a alguna de ellas. Ellos piensan que es una cuestión de aleatoriedad, pero no es así. La culpa de todos y cada uno de los sentimientos experimentados en una biblioteca reside en las decisiones de las caprichosas figuras de colores.

Daniel y Laura deshicieron el camino que habían recorrido con anterioridad hasta salir del edificio.

—¿Has disfrutado la experiencia, Daniel?

—Sí, mucho. Muchísimas gracias... Pero ahora creo que debería volver a la playa con mi mamá.

—Recuerda algo: no podrás hablar a nadie de todo cuanto has visto esta noche aquí.

La bibliotecaria sonrió y lo cogió entre sus brazos, invitándole a dormir.

—Adiós, Daniel —fue todo lo que llegó a oír antes de caer en un sueño profundo.

Fue entonces cuando sonó la última alarma, y el chico despertó.

—Venga, ¡vamos! Recoge el cuento ya, Daniel... El día menos pensado se cerrará la biblioteca y nos quedaremos dentro, ya lo verás... —dijo su hermano mostrando el descontento que le producían los ratos de sueño que su hermano pequeño aprovechaba cuando iban a la biblioteca.

Daniel siguió los pasos de su hermano mayor, y mientras subían las escaleras introdujo su mano en su bolsillo izquierdo. Dudó un instante. Posteriormente, recordó y sonrió.

—Toma Javier —llamó la atención de su hermano mayor—. He conseguido este caramelo de limón para ti.

Varias sombras se despidieron del pequeño al salir de allí, pero él no pudo verlas. Tendría que esperar a la noche para volver a dormir y despertar.

La biblioteca, ese lugar para los Sueños.

Asalto a la razón

Gracia María Ruiz Martínez

A penas cabía un alfiler cuando llegó a la biblioteca. No estaba siendo el mejor día de la vida de Juan, pero lo que aún restaba se antojaba incluso más desesperante. Era un muchacho simple, algo especial, y cambiante como una veleta. No tenía demasiados amigos, pero los que tenía los conservaba desde su infancia. Quizá por esta razón había sido estudioso durante toda su vida, lo cual le permitió obtener unas notas casi inmejorables en bachillerato, que le sirvieron para acceder a la licenciatura en Medicina. Pudo ir a Sevilla, a Córdoba o a Granada. Pero era un enamorado de Cádiz, su tierra.

Se detuvo en mitad del pasillo, buscando un asiento con la mirada. Se sintió observado por unos instantes, pero reanudó su marcha hacia uno de los pocos huecos que había. Dejó su mochila en la

mesa, tomó asiento, y consultó su teléfono móvil. Su largo día de estudio estaba a punto de comenzar.

19:57

—Sesenta y cinco mensajes de cuatro conversaciones. Seguro que son estupideces. Un día de estos me voy a salir de todos los grupos en los que me han metido.

—En verdad, da un poco de cosa salirse de un grupo.

—¿Por qué?

—No sé, pero es como decir: paso de los que estáis aquí.

—Demasiado tengo con preocuparme de lo que yo pienso, para preocuparme de lo que piensan los demás.

—Ya, pero es que si no, te cogen manía y te consideran un bicho raro.

—Te vuelvo a repetir lo mismo. Me saldré de todos los grupos, y seguiré durmiendo por las noches.

—Pues será a partir de otro día, porque me da a mi que esta noche no duermes.

—No sé, ya lo iré viendo. No me gusta planificarme tanto la vida, es mejor improvisar.

—Bueno, un café y empezamos...

00:23

—¿Quieres que te cuente un cuento?

—¿Que qué?

–Dicen que los cuentos sirven para dormir a los niños, y para despertar a los adultos. Lo mismo así no te duermes.

–Todavía soy un niño.

–Un niño a punto de acabar Medicina.

–Todos tenemos un niño dentro. Todo Dios tiene un niño dentro, o algo de eso dicen.

–Supongo... ¿Te has parado a pensar en esa expresión? ¿Por qué dice la gente eso de «todo Dios»?

–No sé... Es como cuando dices: no había ni Harry. Son cosas que no tienen sentido.

–Como estos pensamientos.

–No te creas.

–¿Tú le ves sentido a esto?

–De los pensamientos absurdos nacen las grandes respuestas. El otro día descubrí por qué Dios tiene barba.

–¿Y por qué tiene barba?

–Porque hace dos mil años no había cuchillas. Tan simple como eso. O si no, ponte tú en tu casa con un cuchillo de piedra a afeitarte, a ver si puedes.

–Pero si no se afeitaban nunca, ¿no les llegaba la barba a los pies a la gente de esa época?

–No sé, pero el caso es que por eso Dios tenía barba. No quieras saber tanto.

00:59

–Esto es imposible. En verdad no sé qué hago aquí. No me voy a presentar y punto.

—¿Y si repite el examen?

—Con la suerte que tengo no va a repetir ni una pregunta.

—Pero se jubila. Hay que encomendarse a eso.

—La última vez que uno se jubiló ya sabes lo que pasó.

—¿Y la primera vez?

—Eso fue hace mil años.

—Tú de aquí no te vas. Un café y seguimos, venga.

—¿Cuántos cafés llevo ya en el cuerpo?

—Madre de Dios. No haces nada más que quejarte.

—Y tú no haces nada más que mencionar a los santos. Que si la barba de Dios, que si la madre de Dios... Hay que ser realistas, hazme caso.

—Si sólo hubiera gente realista, el humano no habría progresado como lo ha hecho.

—Eso es filosofía barata. La vida es otra cosa. No hemos progresado tanto. El ser humano es malo por naturaleza, y punto. Si no, no habría pobreza, ni nada de eso. La gente vive en una película de apariencia y falsa felicidad.

—No te amargues, venga. Estudia y calla, que hay tiempo.

—Sí... En el mundo manda el tiempo. Es el único inmortal que va poniendo en cada espacio cada cosa... Grande Juan Carlos...

—¿Pero qué haces mirándote eso?

—¿Qué pasa?

—Eso no entra.

—No me amargues la vida. No me amargues. Llevo una hora y media con esto.

—Si lo tienes aquí apuntado. Además, ¿no fuiste a la última clase?

—Madre mía. No...

—Pues por lo visto el profesor dijo que eso no entraba...

—¿Y ahora me lo dices?

—Pero si lo tienes aquí anotado y no te has dado cuenta.

—Vale. Pues me voy a mi casa.

—Vamos a ver... La noche es muy larga. Empieza a mirarte el bloque que le sigue a eso.

—No tengo fuerzas, no tengo ganas.

—¿Y todo el tiempo que le has dedicado a este examen?

—Si mis padres me hubieran dicho que yo no sirvo para esto, otro gallo cantarían. No sé quién me creía que era. Qué inútil. Y lo peor es que ya no puedo cambiarme. Mi padre me mata.

—No seas tan negativo. Mira, son estos precisos momentos los que marcan toda la diferencia en tu vida. Tú eliges. Ha habido otras veces en las que yo me he estudiado cosas que no entraban, nos ha pasado a todos. Si con esto te vienes abajo, no sé qué vas a hacer cuando te pase una desgracia. Además,

estamos ya acabando. Piensa en todo lo que has pasado para llegar hasta aquí.

—¿Hasta dónde?

—Hasta el final de la carrera. Imagínate los que estén ahora en primero. A ellos sí les queda un camino largo...

—Ojalá estuviera ahora en primero.

—Bueno, que sigas. Vamos...

01:37

—¿Para qué viene la gente aquí?

—¿Eh?

—El de la esquina no ha hecho nada en toda la noche. Pero nada. A la gente en verdad le gusta este ambiente. Es el microclima universitario. La noche, el café, la música, el libro...

—No me desconcentres, por favor.

—Perdona.

01:50

—Sin ti no soy nada.

—Los días que pasan.

—Las luces del alba.

—Mi alma, mi cuerpo, mi voz...

—No sirven de nada.

—¿Qué no daría yo por tener tu mirada?

—Por ser como siempre los dos.

—Mientras todo cambia.

—Porque yo...

—Sin ti no soy nada...

—¿Cuántos siglos tiene esa canción?

—Un par de ellos, mínimo.

—Bueno, no tiene tantos años.

—No, pero parece que hace más. Era yo un crío.

—La que canta esa canción me recuerda a una prima mía que se casó. No fui a su boda. Es lo bueno que tiene Medicina, que tienes siempre la excusa de que tienes que estudiar.

—Ya ves...

02:22

—¿Qué hora es?

—Menos cuarto.

—¿Las qué?

—Las cuatro menos cuarto.

—¿Qué dices?

—Calla. Las dos y veinte.

—Menos mal.

—Es que veo doble ya de tanto estudiar.

—Pero si es un reloj de agujas. Por mucho que veas doble, no ves números. Verías seis manijas.

—Yo he visto las cuatro menos cuarto.

—Pues ya está, tú sabrás lo que has visto. Pero antes de pegarme otro susto de esos, ponme anestesia o algo.

—Si estuviera en el Puerta del Mar te daba una poca.

—Cualquiera que nos oiga...

02:34

—No he sacado nada para comer mañana.

—Bueno, compras algo y te lo haces en el horno.

—No tengo horno. Se rompió la semana pasada.

—¿Y se lo has dicho al casero?

—Sí. Nos ha dicho que no es una cosa urgente, que ya se pasará por el piso. Hasta nos dio a entender que habíamos sido nosotros los que lo habíamos roto.

—Pero si ese horno tenía más años que yo.

—Ya. El caso es que el casero no se había portado mal este año.

—Los caseros son simpáticos hasta que se te rompe algo.

—Van a lo suyo. Pero ya está, me compraré un bocadillo en El Churrete.

—Pues sí...

02:45

—¿Cuándo era la graduación?

—En junio. ¿Por qué?

—Por nada, por nada.

03:19

—Deja de hacer eso con el lápiz. Me estás poniendo nervioso.

—Ya mismo empieza el concurso. Qué ganas...

—El concurso ya no es lo que era. Para comparas buenas las de Martínez Ares y las de Paco Alba.

Eso sí era carnaval. Ahora ha bajado mucho la cosa, hay una competencia que no me gusta nada.

–Bueno, en aquella época también la habría.

–No lo sé, pero se sacaban mejores letras. Eso no me lo discutas, que lo dice todo el mundo.

–¿Y por qué tiene que ser verdad lo que diga todo el mundo?

–Hombre, algo de verdad tiene que haber cuando lo dice todo Dios.

–Otra vez con los santos...

–A ti el examen te está afectando más de la cuenta. No se te puede ni hablar, hijo.

–No es eso. Es que me da coraje cuando lo que dice, hace y piensa la gente es lo que se considera correcto. Hay que tener personalidad. Hay como una tendencia extraña a pensar que todo lo que ya ha pasado, es lo mejor. No sé, es una mezcla de cosas... me estoy liando. Total, yo me entiendo.

–Eso espero, porque lo que es yo...

03:45

–Podría ser ya el examen.

–Quita, quita. Todavía me quedan mil cosas.

–De todas formas, yo creo que esto no va a servir de mucho. Es decir, el esfuerzo de esta noche creo que no es proporcional a la mejor nota que se supone que vamos a sacar por quedarnos aquí toda la noche. Se me va la cabeza, y empiezo a pensar en mil cosas.

—Es difícil concentrarse, pero es que si no me voy a ir a mi piso y no voy a poder dormir.

—Ya. Me tenía que haber puesto antes. Todas las Navidades me pasa lo mismo. «Esta Navidad voy a matarme». Y luego... nada.

—Son fechas muy malas. Un día te invitan a comer, otro a cenar, otro viene un amigo que hace ya que no ves, otro tienes que comprar regalos...

—Y al otro, directamente, no tienes ganas de estudiar.

—Pues sí...

—Pero es que no tengo conciencia ninguna. ¿Cómo puedo pretender aprobar metiéndome la paliza los tres últimos días? Ni que esto fuera Magisterio.

—Un respeto a los maestros.

—Si yo respeto a todo el mundo. Pero hoy en día, qué quieres que te diga, puede ser maestro cualquiera.

—¿Y con eso qué? Te podías haber metido tú a hacer Magisterio, y ya está.

—Es que no sé por qué no lo pensé antes. Tendría una vida tranquila, y no este ritmo que llevo. No sé si voy a poder aguantar. Puerta del Mar, estudiar, seminarios, MIR...

—El MIR es lo que peor llevo.

—Las clases de mil horas no sirven de mucho, la atención tiene un límite. Pero es lo que hay. Yo ya tengo la idea hecha. Este año no hay ni verano,

ni vacaciones, ni Navidad, ni nada. Cuanto antes lo aceptes, mejor.

—Mi novio dice que no me va a poder ni tocar, que estaré de mal humor todo el día.

—¿Y cómo quiere que estés? Hay que tomárselo como un trabajo.

—Que Dios nos bendiga.

—Ya estamos otra vez...

04:51

—¿Te acuerdas de *Jurassic Park*?

—Tío, ¿qué hablas?

—La película de dinosaurios.

—Sí. ¿Qué pasa?

—Era un pelicolón.

—La virgen, estás fatal.

—Por favor te lo pido, deja de rezar. Deja de hablar de santos.

—¿Pero a qué venía lo de la película esa?

—Nada. Que me estoy estudiando el barorreceptor, y se me ha venido a la cabeza el mítico velociraptor. Vale, sí, mátame. Pero es que ya son muchas horas aquí...

04:56

—¿Has visto lo que yo he visto?

—Está increíble, tío.

—Lo que no sé es qué hace con ese. Parece que se van con los más feos.

—Y con los más tontos.

—Bueno, no lo conozco al chaval, pero vamos. Yo diría que hasta tú eres más guapo.

—Mira, te voy a decir los tres requisitos básicos que tienes que cumplir para que ella se fije en ti: primero, tienes que comprarte un coche; segundo, tienes que ir al gimnasio; y tercero, tienes que ser tonto. Creo que no reúnes ninguna de las condiciones. Bueno, la última es negociable.

—¿Y quién te ha contado a ti eso de las tres condiciones?

—La experiencia...

—Pero si tú no has estado nunca con nadie.

—La experiencia de los amigos.

—Ángelico...

—¿Pero a ti qué te pasa? Dioses, santos, vírgenes... y ahora ángeles. Déjame estudiar.

05:38

—Te voy a decir una cosa.

—Dime.

—Me voy a mi casa.

—No puedes irte ahora. Por dos razones.

—Sorpréndeme.

—No puedes irte ahora porque son ya casi las seis de la mañana. Y no puedes irte ahora porque algo se muere en el alma cuando un amigo se va. ¿Quieres que me muera?

—Es que para que tú no mueras, tendría que quedarme, lo cual supone que el que muere soy yo.

—Vamos a ver, piensa. El examen es a las nueve. ¿Qué vas a dormir ya? ¿Una hora? Quédate, un último esfuerzo. ¿Ves a todos esos que hay ahí? Están todos echándole un par, hasta el chino que está en ese rincón con los ojos cerrados. No decaigas ahora. Sigue. Tengo un buen presentimiento para mañana, pero sólo si sigues aquí.

—Cuando hablas de mañana te refieres a dentro de un rato, ¿no?

—Sí. Me has entendido. Tengo un buen presentimiento. Creo que va a repetir el examen.

—No me hagas ilusiones porque eso no va a pasar.

—¿Y si sí?

—Ya me había parecido raro que no hubieras soltado una frase de José Mota en toda la noche.

—Que sepas que eres muy negativo. Que no pasa nada. Pero no pasando nada, ser, eres.

—Bueno, que le digas a tus presentimientos que no me hagan ilusiones para nada. Luego la caída es más grande. Aunque a decir verdad, no sé por qué tengo un mínimo de esperanza.

—A eso se le podría llamar la reserva de esperanza. Cuando estás convencido de que algo no va a pasar, pero sin embargo siempre te queda esa mínima duda, que te da la vida y te hace seguir adelante.

—Ya está bien, Descartes.

—No, no. Es verdad. Tú llámame filósofo todas las veces que tú quieras, pero lo que hablo es la pura realidad. Las probabilidades que tienes de

aprobar son más altas que las de suspender. Sabes que el profesor se jubila. ¿A cuántos como tú que han tenido esta asignatura a lo largo de los años les gustaría estar en tu situación?

–No me convences.

–No quiero convencerte. Mañana lo verás con tus propios ojos.

–Me voy a quedar, pero si no repite el examen, te mato.

–Me juego un horno compañero. Lo compro y lo instalo yo mismo, que no confío en los caseros. Y cenamos pizza mañana.

–Hecho.

06:20

–Atención a los de la clase subiendo cosas al Dropbox ahora mismo.

–Esa gente no duerme, son como los vampiros.

–Sí, pero la que ha subido el archivo no tiene que hacer el examen.

–Pues tendrá otro, seguramente.

–Será eso.

06:45

–Ya tiene que ser de día.

–Que va, todavía no. No se oyen pájaros. Bueno, no sé si eso tendrá que ver.

–Sobre estas horas es cuando se oyó el ruido ese que salió en las noticias. Las trompetas esas del demonio.

—Ya te has cansado de Dios, ahora te has pasado al demonio.

—Creo que fue el siete de enero o así. Hablaron en *Milenio 3* de que había cientos de testigos que habían oído un ruido muy raro aquí en Cádiz, algo que estaba en el ambiente. Lo pusieron y parecía como unas trompetas raras, un sonido metálico.

—Y entonces era el demonio tocando la trompeta ¿no? Ya se podía estar quieto, a esas horas.

—Calla hombre. Imagínate que es verdad, que es el sonido del Apocalipsis.

—A las malas, ¿qué daño te hace el demonio tocando la trompeta? En todo caso se le podría decir que empiece a tocar a las ocho.

—Algún día, ya verás. Algo gordo va a pasar en el mundo.

—Que no te preocupes hombre, estaría ensayando el muchacho para Semana Santa.

—No me hace gracia, en serio. A mi esas cosas me dan mucho respeto.

—Tú respetas a todo el mundo menos a mí, que estoy estudiando.

07:24

—Ya no puedo estudiar más. Se acabó. He llegado al punto ese en el que por más que quiera, no me entra más nada en la cabeza.

—Ponte a repasar o algo, y a las ocho se acabó. Media horita. Buen rollo colega, con los Yesterday. Venga, va. Dale...

07:31

–Yo tenía con mi viejo firmado un pacto.

–Tú me das el dinero y yo me lo gasto.

–Qué buenos eran. ¿Ves? Esas chirigotas ya no las ves tú ni borracho.

–Un respeto a los Poretas del Caribe, o a los que iban de frutas, que no me acuerdo ahora mismo cómo se llaman.

–Ricas y Maduras.

–¡Esos! Un respeto a esos.

–Que sí, que yo respeto a todos. Pero por favor, quiero hacer ya el examen y dormir, salga como salga. Dormir como si no hubiera un mañana.

–Si ahora estás así, imagínate cómo estarás en el examen del MIR. O mejor, la noche de antes del examen.

–No me lo quiero ni imaginar.

–Todo pasa y todo queda, pero lo nuestro es pasar. Pasar haciendo caminos, caminos sobre la mar.

07:58

–Casi que es la hora de ir a desayunar, ¿no?

–No tengo ni hambre de los nervios.

–Pero si no comes, entonces sí es verdad que te puede dar un chungo en mitad del examen.

–No sé, mira, estoy muy nervioso.

–Bueno, no comas nada, no vaya a ser que te sienta mal. Pero por lo menos hay que salir ya de

este sitio, está empezando a venir gente y tengo la cabeza embotada.

—Seguro que la mitad son de Magisterio. ¿No los ves? Nada más que hablando y viendo videos de YouTube. Qué envidia les tengo.

—Esperemos que en el futuro nos tengan envidia a nosotros por la nómina.

—Hombre, si estás dispuesto a hacer cincuenta guardias al mes, lo mismo hasta te tienen envidia.

—Qué va, ¿tú sabes lo que son dos meses de vacaciones? Tú fíjate. Los maestros tienen un color de piel muy bueno. Los médicos parecemos locos. Tengo que tener unas ojeras...

Juan cogió el bolígrafo sin capuchón, su compañero nocturno, y lo introdujo en su mochila. No lo había soltado en toda la noche, por lo que sintió una liberación en la mano que le hizo experimentar por un momento una tregua en su estado de nervios. Reordenó sus apuntes, y sin preocuparse excesivamente por organizarlos, los introdujo en la mochila, de forma que algunos folios quedaron arrugados. Se levantó de la silla y sintió cómo algunos de sus huesos crujieron, como quejándose de la situación. Habían sido muchas horas de estudio, casi desde las ocho de la tarde del día anterior. Un pequeño mareo nubló su vista durante algunos segundos, pero se aferró a la silla y volvió a su estado normal. Colocó su mochila a la espalda, y se dirigió

sin hacer ruido, casi arrastrando los pies, hacia la salida de la biblioteca.

No había estado hablando con nadie. Ni recordando chirigotas, ni tarareando canciones, ni debatiendo sobre el sentido de la vida o sobre la barba de Jesucristo. Había estado librando una batalla consigo mismo, entre las dos partes de su ser. Todas las conversaciones habían acontecido en su cabeza, en mitad del estudio. Se preguntaba y se respondía, se quejaba y se animaba, se rendía y se motivaba.

Lo cierto es que Juan se dirigió al aula indicada. Llegó unos minutos después de las ocho de la mañana, y ya había gente sentada en las butacas, esperando el inicio del examen, en total silencio. Fueron apenas cincuenta minutos los que transcurrieron desde el momento en que se sentó hasta que el profesor hizo acto de presencia, pero a él le pareció que habían pasado veinticinco años. No dejaba de mirar su reloj, ese que en algún momento de la noche reflejaba seis manijas, pero éste avanzaba muy despacio. Sacó sus apuntes de la mochila, aunque la mayoría del tiempo se dedicó a observar a la gente.

08:34

—Ese seguro que se lo sabe todo. Míralo. Es que está hasta tranquilo.

—Es imposible saberlo todo.

—Hazme caso. A ese le importa poco que repita o no repita el examen. Es más, si repite el examen le dará rabia, porque él llevará preparándose casi

un mes para que ahora otros que llevan unos días saquen la misma nota que él.

–Pues anda que la que viene por ahí.

–Tres cuartos de lo mismo.

08:52

–La suerte está echada, que sea lo que Dios quiera.

–Eso, eso. Encomiéndate a los santos, ahora sí, que te va a hacer falta.

–La clave está en minimizar los daños.

–Y en tener suerte.

–Sí, eso es lo principal... Dios, ¿por qué no se calla la gente?

Juan movía insistentemente su pierna derecha, con la mirada perdida. Sus manos sudaban, y su estómago parecía una orquesta sinfónica. Por un momento perdió la noción del espacio-tiempo, pero cuando el profesor entró por la puerta, todo cambió. La gente guardó silencio, se colocó cada uno en su butaca, y Juan se colocó recto en su asiento. Sacó un bolígrafo de la mochila. Lo volvió a meter, y lo volvió a sacar. Sacó también el DNI, el cual se cayó al suelo. Lo recogió y observó al profesor, que sin mirar ni mediar palabra, distribuía a los alumnos con señales a lo largo y ancho del aula para guardar las oportunas separaciones. Dos minutos después empezó a repartir los exámenes. Cuando el profesor acabó, se dirigió hacia su asiento, y entonó una

única frase, tan simple como clara: «Es mi último examen en esta Universidad. No quiero suspender a nadie. Ayúdenme a cumplir mi deseo».

En ese preciso momento, Juan resopló. No había dedicado el tiempo preciso a estudiar la asignatura, pero a medida que iba leyendo las preguntas, se iba convenciendo cada vez más de que el aprobado estaba muy cerca. Dos semanas después, Juan confirmó sus buenas sensaciones: había aprobado el examen.

El mundo universitario es como un universo inexplorado. Podemos vivirlo, estudiarlo, adentrarnos en él, pero nunca llegaremos a acostumbrarnos del todo a determinadas situaciones, ni conseguiremos conocerlo del todo. Juan llevaba seis años en la Universidad de Cádiz, y nunca fue capaz de dominar la situación previa a un examen. Los nervios son malos pasajeros, y a veces determinan toda la diferencia. Pero son inevitables, y la clave para alcanzar las metas se basa en saber controlarlos, en convivir con ellos, lo cual sólo se adquiere con el tiempo.

Cuando Juan naufragaba en sus apuntes aquella noche en la biblioteca se debatía entre un entresijo de pensamientos y vaivenes mentales, pero jamás dejó de seguir adelante. Jamás se rindió. Una parte le decía que abandonara, pero había otra parte de él que le gritaba al oído, que le animaba a seguir, a continuar sentado en esa silla. Esta vez le salió bien la jugada, pero no se puede confiar tanto en la suerte. Y es que en la universidad, como en la vida, todo se consigue a base de constancia, sacrificio y paciencia.

¡KAPOW!

David Hernández Ortega

Creo que estoy muerto.
Acabado. Finito. Fuera de servicio. *Caput.*

Me siento tan inútil como un paraguas abierto dentro de una cabina y al menos el doble de absurdo.

Tiene gracia que en el mayor momento de necesidad de toda mi existencia no deje de pensar una y otra vez en mis años de universidad. Como si eso fuese a ayudarme ahora...

—Pueden comenzar.

Creo que comenzaré por plantearme la posibilidad de saltar por una ventana.

* * *

Hace tres años el día empezó a mala hora, con cara de sueño, cansado, sumamente irritable, abier-

tamente hastiado, con la frente perdida en el pupitre y los ojos más allá de la ventana.

Las 08:30 de la mañana.

Sintaxis descriptiva. Yo.

Duelo en ok corral. Elijo sintagmas al amanecer.

—Señores, el curso se va acabando y no termino de verles —dijo José Parra, o «Pe-pa», como sus alumnos lo llamábamos en horas de asueto y café, no solo por el juego de iniciales que su nombre formaba, sino porque en días como este en que parecía estar hablando para los caliches de la pared, solía repetir aquella conocida frase de «¡Tienen que saberse esto de pe a pa! ¡De pe a pa!»—. Estoy preguntándoles acerca de las distintas tricotomías integradas oracionales —tema que vimos ayer, por si alguien se perdió el último capítulo o no está suscrito al canal en diferido— y muchos de ustedes tienen cara de no saber ni lo que es un sintagma. Que sí, que febrero ya está aquí, pero por eso mismo, no todo va a ser carnaval —aguardó un par de segundos una respuesta que sabía que no iba a llegar—. Venga, sigamos. La tricotomía subordinada de sustantivo. Es curioso; los gramáticos nos dicen...

A mí no me decían nada. No lo habían hecho a lo largo de tres largos meses, y dudaba que fueran a hacerlo ahora. Aunque quizás es que tampoco me esforzaba mucho por escucharles.

Lo mío no era tanto el estudio de campo, sino la supervivencia básica. Como al que han soltado en

medio de una selva con un machete y un paquete de toallitas: explorar con desidia y autosuficiencia los terrenos sombríos del cinco y el día D antes del examen (si yo hubiera participado en el desembarco de Normandía, hubiera llegado justo a tiempo para clavar la sombrilla y poco más).

Y por lo que a mí concernía con eso era más que suficiente. Era un chico sencillito. Tampoco es que me preocupara mucho destacar ni nada parecido.

Mi padre solía decirme: «Hijo mío, en esta vida solo se llevan las medallas los que mejor se preparan. Para llegar el primero hay que pedalear más y mejor que el segundo».

A mi padre le encantaba ponerme ejemplos relacionados con el ciclismo; pese a que no había cogido una bicicleta desde los tiempos en que vestía pantalón corto antes de conocer a mi madre. Cada verano se pertrechaba en el sofá religiosamente, para no perderse una sola etapa del *Tour* de Francia. Pero yo, que encontraba ver a hombres adultos embutidos en lycra tan interesante como las teorías sostenibles sobre el cultivo de la remolacha, me pegaba unas siestas de aúpa apenas veía una bici empezar a rodar en la tele del salón...

Así que, al igual que el *Tour*, los consejos de mi querido padre no tenían demasiada incidencia en mí.

Supongo que no nos entendíamos demasiado. Yo no quería ir en cabeza, ni que me pusieran per-

dido de champán: prefería no hacerme notar, e ir en el pelotón era comodísimo, ahí, bien calentito escondido entre los demás, disfrutando del paisaje, sin fatigas ni prisas. Que corran otros.

Pero a «Pepa» se ve que debía gustarle también el ciclismo, porque no dejaba de darme la chapa con el tema de que me esforzara más, y no parecía que fuera a darse por vencido tan fácilmente.

—A ver, usted —me señaló con el extremo de la tiza—. ¿De qué tipo de oración estaríamos hablando en el ejercicio 5 y por qué es agramatical?

Venga. Tenía que ser una broma.

—¿Quién, yo?

—No, no, usted no; el otro joven con cara de preferir que le arranquen las uñas de los pies antes de tener que responder —mi cara debió sugerirle que dudaba del sarcasmo de su frase—. Sí, usted, ¿Daniel?

—En realidad es David.

—Bueno... Daniel, David... Tanto da...

—¿Especificativa? —no hubo ni un solo movimiento en su rostro que evidenciara que la respuesta pudiera ser correcta—. ¿Explicativa?

—¿En qué quedamos? ¿Especificativa o explicativa?

—Bueno... Especificativa, explicativa, tanto da...

Las risas de los que aún seguían vivos resonaron con fuerza en el aula. Incluso, y posiblemente a su pesar, «Pepa» encontró divertida la ocurrencia.

—Sí, sí, muy gracioso, pero luego llegará el examen y no les hará tanta gracia —dijo mirando el reloj de pulsera en su muñeca—. Las clases de tutoría están para algo. Vayan, que no se las voy a cobrar. Pero por ahora pueden irse; ya seguiremos mañana —la mayoría nos levantamos como si nos hubieran pinchado con un resorte, pero cuando estaba a punto de ganar la puerta, oí a «Pepa» llamarme.

—Usted, venga un momento —dijo haciéndome un gesto con la mano mientras recogía sus bártulos—. Yo sé que piensa que va apañado para el examen, que con que se ponga un par de días antes hará lo suficiente como para aprobar ¿verdad? Verdad. Pero la cosa es que no va tan sobrado. Si yo fuera usted acudiría a la tutoría de esta tarde —hizo una pausa—. Bueno, y me cortarían esos pelos, pero eso ya es otro asunto —añadió sonriendo—. No lo deje para más adelante, hágame caso.

Intenté esquivar el ofrecimiento con toda la ambigüedad de la que fui capaz.

—Bueno, ya si eso... A ver como tengo la tarde...

* * *

Tenía razón. Ahora no me hacía tanta gracia.

En mitad de unas oposiciones que me hacían tanta falta como a Gandhi un Big Mac, me estaba acordando de todas las tricotomías oracionales del mundo. Pero para cagarme en ellas, no porque las recordara con cariño ni remotamente.

Con lo feliz que estaría yo ahora con mi título de graduado en Filología Hispánica tirando cervezas en la barra de cualquier bar en el paseo, o espan-tando a los palomos por las calles como consultor externo de la concejalía de turismo (que esa ocupación existiera realmente no lo tenía muy claro; que de existir consistiera en echar la mañana paseo marítimo para arriba, paseo marítimo para abajo, estaba más que seguro).

¿Quién me mandaría a mí?

Llevo aproximadamente veinte minutos de reloj atascado en el mismo ejercicio. Y no tengo manera de sacarlo ni de casualidad.

Es que la dichosa pregunta se las trae. Parece sencilla, pero seguro que no sabría resolverla ni el que la ha planteado. Pero fijo. Como la que montaron cuando hice la selectividad con la perífrasis aquella que resultó que no lo era. Todo un cate-drático; toma ejemplo. Leñe, si yo solo aspiro a ser uno de esos profesores que te dicen: «Es una buena pregunta, pero te estás adelantando al temario. Ya lo veremos más adelante» mientras por dentro piensa: «Puñetero niño, la madre que lo trajo. Esta tarde me toca buscarlo en casa...»

¿Qué más da que supiera lo que es una tricoto-mía de una oración subordinada?

Quizás debí estudiar más en su momento, pero es que era algo superior a mí.

Aunque, honestamente, yo lo intentaba.

A ratos. De vez en cuando. Entre temporada y temporada de *Los Soprano*. Pero no había manera de llevar aquello para adelante, ni a buen puerto, ni a uno medianamente decente. Que si oración tal, que si especializada cual, que si el antecedente del pronombre de relativo era aquello, lo otro, una butifarra de Burgos o un sillón con tresillo.

Yo no me enteraba de *ná*.

Y cuando digo de *ná*, digo de *ná*, con la gracia y arte que aplauden y envidian en el norte cuando queremos decir: «Mire usted, es que no tengo la más remota idea, pero ni por casualidad».

Me gustaría a mí saber responder este interrogatorio que el CESID ha pasado a papel a través de la Junta con la economía y concisión con que mi lengua materna despacha hasta las cuestiones existenciales más peliagudas: «Identifique cuál de los siguientes sintagmas oracionales no pertenece a un conjunto de...»

Tekiya por ahí.

Eso es lo que me gustaría hacer. Pero de joven pasé más de un verano en el norte, echando pan a los patos en el parque de El Retiro, y se ve que aquello me echó a perder como andaluz culto, sucinto, y de habla económica.

Ahora que lo pienso, puede que no hubiera patos.

En fin.

No es culpa mía si mi memoria tiene más agujeros que una topera. Venía así de fábrica.

Y como digo, yo lo había intentado. Poco, pero lo había hecho.

En aquellas interminables y poco provechosas tardes de estudio en que prefería estar mordiéndome el dedo gordo del pie antes que pasar una hora más con la nariz metida entre los apuntes, las horas transcurrían por lo general de forma muy parecida a esta:

—¿Alguna vez has visto un atardecer tan hermoso?

—No...

—Mira qué tonalidades de rojo, qué composición...

—¡Vale ya! ¡Que estoy intentando estudiar, leñe!

—Soy tu cerebro y hago lo que me da la gana.

—Eso habrá que verlo; no me obligues a lobotomizarte.

—Atrévete y hago que te mees encima.

—¿Ah, sí? Pues me pienso coger una borrachera de órdago en cuanto acaben los exámenes. A ver si eres tan valiente sin neuronas.

—Pues yo pienso hacer que se te olvide donde has puesto las llaves. Y el temario de Morfología.

—No te atreverás...

—Ponme a prueba.

—Hay que ser miserable...

—Ja.

—Venga, ¿Podemos concentrarnos en lo que estamos haciendo, por favor?

Por lo general solía ganar él.

Yo acababa cediendo e interesándome por reflexionar acerca de los hábitos de apareamiento del pingüino emperador, o pensando en cómo se las apañarían los astronautas con la pasta de dientes. Él a cambio me regalaba un par de horas de cierta concentración que casi siempre eran simplemente suficientes.

Pero ahora no estaba muy por la labor, embarrancado cual trasto viejo en la eterna pregunta de las subordinadas, incapaz de avanzar cinco metros mentales sin griparse como una moto vieja. Sabía muy bien cuál era el riesgo de aquello: si no daba con la respuesta pronto, había muchas posibilidades de que mi cerebelo se cortocircuitara en un bucle infinito que no dejaría de volver a la misma cuestión una y otra vez por más que pasara de pregunta.

En otras palabras: finito, acabado, *caput*.

No recordar el dichoso tema de sintaxis bien podía significar dar al traste con todo el maldito examen. No sería la primera vez que me pasaba algo parecido. Era como si se crease un enorme muro mental en el interior de mi cabeza tras el cual parecía no haber nada más.

Intenté serenarme, pensar en grandes maestros zen haciendo surf en las inmensas olas del karma universal y cosas por el estilo. Pero nada, la página no se movía y no parecía que hubiera un mensaje cifrado en la redacción del ejercicio. Quería decir lo que quería decir.

El problema es que yo no entendía lo que era.

Tiene bemoles.

A ver cómo le meto mano a...

* * *

Paulita.

—...María, Jaime y los demás me dijeron que se pasarían luego, pero si quieres podemos ir los dos tirando para mi casa, vamos organizando un poco el tema y ya los esperamos allí.

¿Hola? ¿Loterías y Apuestas del Estado? Llamaba para preguntarles si se les ha escapado el calvo de la navidad, porque me parece que el premio me ha tocado a mí entero...

Aquella tarde yo tenía la sensación de ser el tío con más suerte de toda la universidad. Pero, como supongo que harán todos aquellos a los que les ha tocado la lotería, tenía que asegurarme y comprobar uno por uno los números, no fuera a quedarme al final solo con la pedrea, o peor aún, apedreado.

—¿Y tu compañera de piso no te ayuda con lo de la fiesta? ¿O es que no le hace gracia que la hagáis allí?

—Gracia no le hace ni mucha ni poca porque no se va a enterar; se fue el martes para su pueblo y no vuelve ya hasta la semana que viene, así que...

Ella no sonrió, yo no sonreí, pero estaba claro que alguien en algún lugar estaba sonriendo. Nos entendimos perfectamente los dos sin decir nada más. Y si «Pepa» hubiera escuchado aquello hubiera estado de acuerdo conmigo, en que subordinada

o coordinadamente, no podía dejar pasar aquella oportunidad.

Así fue cómo cambié una hora de tutoría ahondando en el imposiblemente complejo problema de las oraciones coordinadas especializadoras, por una tarde loca con Paula.

Y aunque aquello no cuajó, a ver quién era el listo que la miraba dos veces y era capaz de decirme que no hice yo buen negocio esa mañana...

...ahora solo me queda ver cómo le explico yo eso al que corrija este examen.

Mejor paso a la siguiente y ya vuelvo más tarde con las dichosas subordinadas, a ver si para entonces se me ha encendido la lucecita...

* * *

Bueno, no va tan mal después de todo.

Veinte minutos más tarde he conseguido avanzar media pregunta de la página tres, y leer y entender correctamente el enunciado de la última. Y mi nombre creo que está bien escrito.

Ah, no, se me ha pasado una tilde.

¿Cuántas plazas eran? ¿Doscientas? Si aquí hay más gente que la que liberó El Cid en Valencia...

Me va a hacer falta cada punto, y eso solo para no hacer el ridículo con la nota y que no envíen mi foto a los periódicos para descojonarse. Estoy seguro de que «Pepa» estuvo tentado de hacer lo mismo cuando corrigió mi examen...

—Te he puesto un 4,9. Un 4,9 con asterisco. He pensado que era la única forma de hacerte venir a mi despacho, porque lo que son tutorías no has pisado una. Me dije: «A ver si con el asterisco». Creo que los he puesto por todo el examen. Por todas partes. Si aún así no conseguía que vinieras, planeaba usar una de esas señales luminosas que se ven desde el cielo. Como aquella que salía en la serie de televisión de Batman, pero con un asterisco gigante en el cielo en vez de un murciélago —dijo extendiendo las manos como si lo dibujara en el aire—. Que se viera bien desde la cafetería, claro, si no de poco iba a servir contigo. ¿Es que te invitan a café o algo allí?

Puse los ojos en blanco.

—¿Batman?

—Sí, Batman. Capa, orejas de punta. Batman.

—¿El que dice «Soy Batman», con la voz del «antes» de un anuncio de pastillas para el dolor de garganta?

—No, más bien Batman el de Adam West y los ¡*KAPOW!* y demás onomatopeyas de colores estridentes. El que bailaba el swing en las discotecas vestido de murciélago. Ese Batman.

Alcé una ceja inquisitiva.

—Me gusta Batman. Casi tanto como la sintaxis —sonreí—. Pero no se me ocurre porque iba nadie a colarse en una discoteca vestido de...

—Bueno, vale, está bien —me frenó «Pepa»—. ¿Qué hacemos con esto?

—¿Hacemos? ¿En plural? ¿Quiere decir nosotros, segunda persona del plural concordante en género y número con el sujeto elidido y el verbo hacemos, cuyo complemento es...? ¿Qué? ¿Mi nota? ¿Qué hacemos con mi nota?

—Si te hubieras explicado tan bien en el examen ahora no estarías aquí, listillo.

—Y si Batman no llevara capa parecería un ratón desteñido... —solía tener talento para bromear solo en la cantidad justa para ser entrañable sin llegar a ser molesto. Tres de cada cuatro abuelas lo confirmaban, pero no estaba muy seguro de cuánto crédito me quedaba antes de que ese 4,9 siguiera bajando—. No sé qué decirte, José... No sé me da muy bien la asignatura, es cierto, y es verdad que las dichosas subordinadas especializadoras se me han atragantado...

—¿Atragantado? Atragantado es que un alumno de tercero de primaria diga que Colón descubrió el detergente. Esto —dijo «esto» alzando entonces mi examen entres sus dedos pulgar e índice como quien coge del rabo una rata muerta— es más que «atragantado». Precisamente, en el apartado al que te refieres sobre las subordinadas, «ridículo» sería más acertado.

Yo ya no tenía tantas ganas de bromas.

—Ya, lo sé...

—Y no será porque no te dije veces, a ti y a otros muchos, que os pasarais por tutoría para resolver cualquier duda. Además de insistirte a ti, concretamente, con este apartado del temario cuando quedó claro en los ejercicios en clase que no te habías enterado muy bien de qué iba la copla.

Permanecí callado. Honestamente, no tenía nada que rebatir ante aquella afirmación, y pensé que sería peor poner cualquier excusa en lugar de admitir la verdad.

«Pepa» pareció recurrir a su espíritu constitucional del doce para apiadarse de mí.

—La diferencia —dijo modulando el tono de voz— es que el resto de tus compañeros con urticaria a las tutorías y que no tenían ni idea no han llegado ni siquiera al dos, mientras que tú, pese a las lagunas del tamaño del Lago Ness que tienes en sintaxis oracional, habías llegado al cinco. Casi.

Abrí la boca, pero lo pensé mejor cuando reparé en que estaba usando el pretérito imperfecto.

—¿Había?

«Pepa» se levantó de la mesa de su despacho y repasó o fingió repasar mi examen, parado frente a él de pie como un emperador romano a punto de señalar con su pulgar hacia el techo o el suelo.

—No me malinterpretes —dijo volviéndose hacia a mí—. No es que quiera fastidiarte. De verdad que no. Has venido... razonablemente a clase, te has esforzado... a tu manera, aunque sea en la modalidad de ley del mínimo esfuerzo, y sobre el papel,

mereces el cinco. Una nota que deberías considerar una porquería, porque personalmente creo que puedes hacerlo mucho mejor y es una lástima que te conformes con eso.

Aquello fue lo que dijo, pero yo todavía no daba crédito. Se me habían agotado las ocurrencias.

—Podría dejarte el cinco, y que aprobaras la asignatura. O podría suspenderte ahora, hacer que la repasaras desde el principio, que comprendieras lo que simplemente memorizas y que vinieras a alguna de las tutorías antes del examen de septiembre. Así es probable, no solo que «vomitaras» lo que has aprendido en el examen para sacar una nota algo más digna, sino que con un poco de suerte quizás retuvieras algo de esa información, y en el mejor de los supuestos es posible incluso que por algún milagro divino comprendieras mejor las subordinadas especializadoras, después de prestarles solo un mínimo de atención. Ahora a lo mejor te da igual, pero si el día de mañana tienes que hacer unas oposiciones, o se lo tienes que explicar a tu alumno, te alegrarás de que no te quedara ninguna duda al respecto en su momento. Y el momento es ahora —hizo una larga pausa—. Eso o bien... puedo dejarte elegir a ti, como el adulto que eres, si quieres o no ese cinco que es prácticamente limosna, merecida, pero limosna, y esperar que elijas la opción correcta, teniendo en cuenta que el «ya lo miraré yo por mi cuenta» tiene más adoquines que el camino al infierno...

A veces, cuando me pongo nervioso y me pue- de la anticipación ante alguna cosa, el pie derecho me da pequeñas sacudidas golpeando el suelo bajo él, haciendo que parezca un vaquero trasnochado siguiendo el ritmo de una canción *country*.

Me contuve un par de segundos extras para que aquello pareciera la decisión consensuada y bien meditada de ese adulto responsable al que «Pepa» aludía, en lugar de un tío flojo y sin ganas de repetir un examen mientras se abalanzaba hacia la inesperada y luminosa ventana que había surgido en mitad del oscuro sótano de la sintaxis, donde las ratas gordas con y sin capa amenazaban con devo- rarlo.

—Creo que prefiero...

—Anda, vete ya de aquí y quédate tu cinco —me interrumpió él antes de que terminara la fra- se—. Pero quiero que sepas que pienso que cometes un error —dijo con una mirada que parecía la prima segunda del pueblo de melancolía—. Pero es tu de- cisión, no la mía. Parte del trabajo de un profesor de universidad, de cualquier profesor en realidad, es enseñar a sus alumnos a que tomen la decisión correcta, la mejor decisión para ellos... pero no se les puede obligar —dijo con un leve encogimiento de hombros—. Así que anda, te absuelvo. Puedes ir en paz.

Después de aquel improvisado gesto papal, le di a él las gracias con efusividad contenida, me di media vuelta a mí mismo, y me dispuse a salir de

aquel despacho para celebrar con el equivalente a diez bacanales romanas que aquello de las oraciones subordinadas especializadoras era ya cosa del pasado, cuando «Pepa» se dirigió una vez más a mí antes de que franqueara la puerta.

Qué mala costumbre tenía con pararme siempre en el último momento.

—Pero anda, por lo menos, haz el favor de acordarte que distinguir una subordinada especializadora de una especificativa, es tan sencillo como recordar que divides al sujeto en distintas etapas o estados, pero sigue siendo un solo sujeto. «El mejor Adam West es el que hacía de Batman». Adam West como persona es una sola, no estás especificando, estás aludiendo a una característica especial de ese sujeto. A una etapa concreta. El resto lo tienes en los apuntes, pero si se te queda esa coletilla, al menos no te confundirás y será más fácil que lo demás venga solo —dijo con un gesto de resignación—. Y molaba más el ¡*KAPOW!*, que todas las *batmotos* de hoy en día, que los sepas. Los héroes de ahora...

* * *

«...son demasiado serios».

Mi cerebro se vio golpeado por un cartel de colores. ¡*KAPOW!* Al mismo tiempo que recordaba aquellos puñetazos de cartón piedra volar a través de la pantalla del televisor mientras mi hermano mayor mojaba el Phoskito en el Cola-Cao de media mañana, toda la fuerza de las subordinadas oracio-

nales especializadoras inundó mi cabeza como si de un submarino con agujeros se tratara.

Batman. *KAPOW*. Las especializadoras. Etapa o acotación de tiempo en un mismo sujeto.

Los apuntes empezaron a abrirse en mi cabeza, pasando literalmente páginas y páginas delante de mis ojos.

La única forma de que Arquímedes se sintiera mejor que yo cuando dijo aquello de «¡Eureka!» es que lo hiciera mientras estaba en el baño. Y no hablo de «en la bañera» precisamente (si lo piensas tiene todo el sentido del mundo que en realidad se le ocurriera allí, pero al hombre le daría corte reconocerlo).

Escribí de carrerilla todo lo que se me ocurrió. Dejé al Batman de Adam West y a «Pepa» fuera del examen, pero con la satisfacción imaginaria de que estarían asintiendo orgullosamente como efigies etéreas en una bruma del tiempo ante mi fiel recordatorio de sus enseñanzas.

El muro de mi cabeza cayó ladrillo a ladrillo en una explosión de conocimientos enlatados.

Era un hombre feliz.

El resto era mucho más fácil, ahora que volvía a ser dueño de mi propia cabeza.

Yo 1, cerebro 0.

* * *

Un tiempo después, salieron los resultados de las oposiciones.

Esa misma mañana, conduje 98 kilómetros hacia mi antigua facultad. Tardé un rato en encontrar aparcamiento, pero tenía tiempo de sobra hasta las once y prefería no tener que pagar el parking.

Entré. Había decenas de muchachos y muchachas como yo, o como era yo apenas unos pocos años antes. Se notaba en sus caras que las oraciones subordinadas de relativo se las traían al paio.

«Ya os enteraréis», sonreí para mis adentros—sonreír para los de otro hubiese estado feo, y seguramente pudiera considerarse acoso—. «A mí tampoco me interesaban y mira ahora».

Pero como no estaba allí para velar por el bien cultural de mis congéneres en edad de estudiar—una edad que según todos los estudios comprende desde los dos a los noventa y nueve años y no tiene fin—sino por una misión concreta, evité la tentación de plantarme en medio del pasillo junto a conserjería y predicar cuatro verdades bien dichas a todos los que por allí andaban.

Subí las escaleras junto a la cafetería, con el olorcillo a pan churruscado haciéndome recordar viejos tiempos, torcí a la derecha dejando atrás las aulas multitudinarias de los primeros cursos, tomé la rampa junto a los ascensores y subí una planta más de escaleras hasta llegar al despacho con el número 89 colgado de la puerta.

Llamé abriendo al mismo tiempo que escuchaba el «adelante».

—Buenas, José —dije saludando al hombre en su interior mientras cerraba la puerta tras de mí—. ¿Tienes tiempo para un café?

El horario de tutorías empezaba dentro de veinte minutos, y yo tenía muchas cosas que contarle.

* * *

Sé lo que estáis pensando.

No os he dicho si conseguí la plaza o no. Ya. Lo sé.

Podría ser puñetero y dejar esta memoria con uno de esos finales abiertos que tanto gustan ahora, para que os comiérais la cabeza pensando si al final conseguí o no una de las plazas. Si la visita a mi antiguo profesor fue en agradecimiento a su coleccionilla onomatopéyica, o para echarle en cara que no me presionara más para que no hubiera aceptado la nota y me hubiera preparado mejor para hacer el examen de nuevo en septiembre.

Y de hecho soy bastante puñetero, así que creo que es justo lo que voy a hacer.

¡KAPOW!

Lápices de colores

Alberto Montero Rosado

Mamá, yo en casa no puedo estudiar. Y no me cansaré de repetirlo.

Desde los nueve años, cuando empecé a tener que hacer más cosas que una simple tarea de rellenar líneas de puntos, siempre te he dicho que me agobio haciendo cosas de estudio en casa. ¿Por qué? Probablemente sea porque asocio «mi casa» a «no estudiar» ya que cuando voy a clase, hago trabajos, hago exámenes... nada de eso está en casa. Sí, esa puede ser una buena teoría. Me gusta más esa que tu explicación sobre que «soy una niña chica y caprichosa».

Ahora que estoy en mi último año de carrera, lo pienso... Es cierto que tampoco me ha ido tan mal, la verdad: mi expediente es bastante bueno, no tengo asignaturas suspensas, y he podido hacer un

curso de inglés mientras lo hacía todo, pero bueno; creo que me concentraría mejor si no estuviese aquí encerrada. Además, con esto del plan Bolonia todo es nerviosismo: exámenes parciales, exámenes finales, trabajos individuales, trabajos en grupo, tareas para mañana, lecturas para la clase siguiente... No creo que mi hermana tuviera que pasar por todo esto. Quizás cuando yo era más pequeña no me enteraba de nada, pero recuerdo que ella iba muy pocas veces a la facultad, que estudiaba durante una semana para lo que ella llamaba «los finales» (los finales decía... ¡sus finales son mis principios!) y encima aprobaba todo y se iba de fiesta al día siguiente. Siempre tenía el verano para estudiar lo que «no le diera tiempo» y esperaba a que sus compañeros le pasaran sus apuntes...

¡Mis apuntes sí que son apuntes! Los paso a ordenador, los tengo super limpios y sin faltas de ortografía. ¿Los de ella? Acuérdate cuántas peleas por el desorden de su cuarto de esas fotocopias que eran más negras que blancas, ¡yo sabía leer por aquel entonces y no entendía nada, lo juro...!

Y tus amigas empeñadas en decir que nos parecíamos. ¿Seguro? Yo siempre me he preocupado de mis cosas, siempre he colaborado y ayudado en casa y ella nada. ¡No tengo nada en su contra!, pero podría ser de otra manera. La culpa no es tuya, yo lo sé. Ella y yo te tenemos como misma madre, así que no es por eso. Creo que es por cómo es ella y ya está. Hay gente así, cree que las cosas se toman

de manera relajada, y los problemas se solucionan esperando y esperando hasta que alguien o algo cambie y se arregle. Lo mejor de todo, es que ella es feliz así. Y a mí me está poniendo de los nervios...

Últimamente discutimos por tonterías. Que si las planchas del pelo, que si el gel de baño, que si por mi culpa a ella le va peor la conexión a Internet... ¡Cuánta tontería por Dios! Pero que sí, que lo arreglamos pronto y como buenas hermanas no nos enfadamos...

Ahora que se está independizando, es otro descontrol. Hay días en los que no sé si está o no, y a mí eso no me gusta. Es como estar en tensión, de levantarme cada día y al mirar si la cama de al lado está ocupada hay días que la veo, y días que no. Es raro, ¿sabes?. Me está dando que pensar... ¿Qué pasará cuando deje de venir? ¿Sólo vendrá para contadas ocasiones, verdad? Ella me dijo ayer que no me preocupara por eso, y es que... aunque siempre me he llevado mal con ella, voy a echarla de menos, y mucho. Pero... no fui capaz de decírselo a la cara, y menos ayer. Empezó de nuevo con el jueguito de esconderme las cosas, y cómo no, volvió a cogerme mis lápices de colores.

Mamá, sé que es estúpido llevar conmigo esos tres lápices tan pequeños pero me dan suerte y me la van a seguir dando. El primer día que los llevé conmigo fue cuando me los diste para el teatro que hicimos en el colegio, de Blancanieves. ¡Dios, qué nerviosa estaba! Pero el tener esos lápices en el bol-

sillo, llámame tonta, sirvieron para que estuvieras allí conmigo, y en vez de ser la obra, fuera otro ensayo más en casa. Entonces los repetí en la siguiente obra, y en el concierto que dimos con la orquesta en la Plaza Mayor, y al hacer selectividad, y en todos los exámenes de la carrera, en el segundo examen de conducir... porque el primer intento... ¡Ese día casi me da algo! ¡Ya te dije que se me habían olvidado e iba a suspender! Pues así fue, y tuvimos que esperar a la segunda oportunidad. ¡Me dan suerte!

Nadie se lo cree. Por eso no quiero contarlo, ni a mis amigas ni a los profesores cuando hacen esa típica pregunta de si tenemos manías... Me dan seguridad, ¿vale? Es una muestra que al acordarme de ellos, me acuerdo de todo lo que me tengo que acordar. A ver, no creo que suponga un problema. Hay mucha gente que duerme con peluches... para sentirse segura. Hay muchas personas que llevan amuletos de la suerte... para sentirse seguras. Yo lo llevo como muestra de lo que soy capaz... ¿Ves la diferencia, mamá? No es como crees...

De todos modos, lo importante es lo que te tengo que contar. Sé que no te va a gustar y yo tenía miedo de hacerlo pero... bueno a ver. Es sobre mis compañeros de clase. Ayer tuve que ir después de clase a las salas de estudio con el grupo de trabajo que nos asignaron para la última asignatura de este curso. Odio los trabajos, lo sabes... ¡y el mal humor que llevaba! ¿Seré tonta? Me dejó sin mis lápices de colores, buscándolos cogí tarde el autobús, apenas

desayuné... y después de una clase que fue un tostón... porque lo fue... me tuve que ir a una sala de estudio a hacer un trabajo. ¡Espera que iba cansada! Porque cargar con mi portátil es un rollo... pesa cuatro kilos seguro, o cinco...

En el grupo me había tocado con Noelia, que se sienta a veces a mi lado en clase y es muy simpática, con una chica mayor que seguro estaría en su séptimo curso... o empezó muy tarde la carrera, se notaba que era más mayor que nosotros. Además, contó que había estado ya trabajando para intentar vivir sola... otra independiente. Está de moda ahora, sí... También nos tocó un chico super simpático, que se llama Mike. No pienses antes de que no te cuente nada... Sí, tiene nombre extranjero porque sus padres son de Londres.

Además... tiene tanta pinta de español, que cuando nos dijo su nombre nos reímos... me dio pena porque no sé si se lo tomó a mal, aunque creo que está acostumbrado. No es normal que lo haga, pero fui yo quien preguntó cuál era su verdadero nombre.

... Mamá, que no lo dije con maldad; es que estoy acostumbrada al primo que siempre está así inventándose que viene de un sitio o que se llama de alguna manera... además... él me sonrió. No es lo que piensas, o puedas pensar; yo no sé si le caí muy bien pero me sonrió. Y no podía quitármelo de la cabeza... ¡Qué horror! Mamá, sabes que suelo ser callada pero es que no podía hablar teniendo eso

en mente. Después de la mañana que había pasado, para colmo meto la pata ¿la metí? Bueno creo que no pero no sabía cómo interpretar su respuesta.

En fin, nos contó que sus padres son británicos pero viven aquí desde hace 30 años. Es lo típico de que vinieron jóvenes a trabajar y ya se quedaron aquí. Cuando tuvieron a su hijo le pusieron el nombre que querían, claro, pero es raro un español que se llame Mike. Es una historia curiosa, sobre todo cuando él la cuenta: sus padres llegaron y empezaron a dar clases de inglés, aunque ninguno de los dos era profesor. Ganaban bastante dinero, y fueron contratados por una academia. Lo curioso es que el padre es ingeniero naval y la madre había estudiado algo relacionado con contabilidad y finanzas. Ahora los dos siguen trabajando juntos; bueno, en la misma empresa. En los astilleros, ella en el departamento de contabilidad, y él... dando cursos a otros ingenieros... ¡en inglés! Es como el profesor de inglés que la empresa tiene para sus trabajadores. Al final ha combinado sus dos trabajos... qué suerte, porque dice Mike que los padres están muy felices, haciendo lo que les gusta.

Lo reconozco, me quedé embobada mirándole. Fue así. ¡Qué corte! Realmente me gustaba... ¡y me cuesta reconocerlo! Pero es que habla muy gracioso. ¡No por el acento! Tiene un acento normal, nadie sabría que tiene ascendencia británica, pero cree mucho en las cosas que dice, es como si hablara siempre de algo que le encanta, como si lo

viviera. Ese tipo de personas suelen estar por todas partes, pero muchas de ellas no lo hacen de verdad. Yo creo que él sí lo hace de verdad, le sale así; es como es.

¿Por qué te cuento esto? Bueno, estaba a mi lado y yo escuchando la historia de sus padres tan callada, que me dio vergüenza cuando me dijo que qué me pasaba. ¡Vaya cara que tiene el tío! Uff, tras todo lo que yo tenía acumulado me puse rojísima no sabía que decir. Menos mal, que creo que notó lo incómoda que me estaba poniendo, y él mismo empezó a tratar sobre el trabajo en grupo. En realidad, el trabajo no era nada complicado. Nos dividimos los puntos del índice y ya cada uno hará su parte. Nos hemos puesto como fecha límite el viernes que viene, para unir todas las partes y entregarlo al lunes siguiente. Noelia es quien lo pondrá todo junto, a ella le encanta. Bueno más bien yo creo que es porque no se fía del resto, prefiere hacerlo ella a dejar que otros lo hagan. A mí me viene estupendamente, ya sabes que me considero torpe con los ordenadores así que un agobio menos respecto a este trabajo. Ella es buena gente, la última vez me ayudó, ¿te acuerdas? Menos mal que me lo puso todo bien. El texto del trabajo de Economía, con tantas gráficas y tablas siempre se me descuadraba. No sé cómo lo hace, pero con dos toques en el teclado hace que todo quede bonito. Siempre le digo que se ha equivocado de carrera, ella podría

ser buena en algo relacionado con los ordenadores, segurísimo.

Cuando terminamos, la chica mayor ya se había ido, salió un par de minutos antes porque tenía prisa. Mientras recogíamos los papeles y los ordenadores, el chico este del que te hablo me ayudó a desenchufar el cable de mi ordenador y me preguntó si ya se me había pasado el agobio. ¡Dios mío de mi vida! Al principio no lo entendía, pero es que él es así, ya te lo digo. Es su forma, lo dice con un tono tan cercano y feliz que se entiende que va con buenas intenciones.

Algo sorprendente es que no recuerdo ni haberme despedido de Noelia. No recuerdo ni cuánto tiempo estuve hablando con él, allí, en la puerta de la sala de estudio. Me contó que practica mucho deporte y sus padres están encima de él para que no se desvíe de los estudios. Normal, a todo el mundo le pasa. Sobre mí no le conté demasiado... algo que tampoco sé si estuvo bien. Pero claro, él tiene una historia tan interesante que contar, mientras yo... bueno. Sí que le dije lo bien que se me daba estudiar y esforzarme por lo que quería, y le hablé de mi hermana un poco, que se iba a ir de casa y demás. No fue gran cosa lo que le conté, de verdad. Sinceramente, estaba en un momento de observación y escucha más que de aportar.

Una cosa sí tengo que reconocer: ¡Qué bien estaba allí! Mamá no sé cómo explicártelo, es la primera vez que conecto tan bien con alguien. No

quiero que pienses nada raro ¿vale? Ni que me he vuelto diferente con lo que te voy a explicar. Sentí algo diferente. No lo negaré, cuando sé que me tocó en el grupo e íbamos camino de la sala de estudio no podía dejar de mirarle... Había algo en él que me decía que tenía que estar cerca, algo que me decía que no le perdiera de vista. Físicamente es atractivo, sí; pero no era por eso. ¡Estoy segura! Tal vez pensé que sí lo fuera por eso, pero es que yo noté algo más. Cuánto me gustaría poder expresar bien esa situación. No me di cuenta hasta pasado un buen rato que mi corazón latía más rápido... y no era por estar andando, era por estar alerta. ¿Qué tenía él? ¿Quién era? ¿Qué me estaba haciendo? No lo sé, probablemente esté como ahora, nerviosa y desordenando todas las cosas que te quiero contar pero todo fue para bien, de verdad. Por muy tímida, miedosa y cuidadosa que soy, con él los colores que se suben y los agobios que me puedan entrar no tienen efecto negativo, mamá... me hacen sentir bien. ¡Me gusta sentir ese gusanillo!

Recuerda cuando fuimos al parque de atracciones y al caer en la montaña rusa... ese hormigueo en el estómago cuando sabes que viene la bajada... no es igual a esto. Aquí no sabes que viene la bajada, y el hormigueo es más fuerte aún. ¡Por Dios! ¿Me estás escuchando? ¡Me he vuelto una cursi! ¡No me lo puedo creer! Y todo por culpa de Mike, que no sale de mi cabeza. Lo curioso es que no volví a pensar ni en mis nervios, ni en mi corazón acelera-

do, ni en nada, hasta que estuve a punto de despedirle. Fue entonces cuando pensé todo esto, y creo que se me cambió la cara.

La conversación ya estaba en un punto donde cada uno se iba a su sitio y ya nos veríamos, pero tuvo la cara de decirme que le perdonara si me molestó lo de la pregunta de mi nombre. ¡Se acordaba! Y me dijo que no sabía si estaba loco pero que me quería decir lo bien que le había sentado conocerme y que había conectado conmigo. Él dijo tener *feeling*. No pude evitar reírme y preguntarle que si usaba esa palabra por ser inglés... ¡Qué tonta estoy! ¿Te das cuenta? ¡Nunca antes había sido así...! O sí, siempre lo fui y tuve miedo a serlo.

Y bueno, me invitó a ir a estudiar con él a la biblioteca. ¡Los lápices de colores! ¡No los llevaba encima! Y probablemente era una de esas ocasiones donde sí debería llevarlos...

Pensándolo bien, tengo que reconocer lo estúpida que me pongo a veces. Los nervios me traicionan, y creo que se me nota en la cara; que es el reflejo del alma como tú siempre has dicho. Pero, ¿qué le podía decir? Nunca me ha gustado ir a la biblioteca, pero es que en casa me agobio, ya lo sabes... aunque al final haga las cosas. Realmente tengo ganas, pero miedo. Miedo a tí, mamá. No sé, que no suene mal, pero quiero que esto no signifique nada. Nunca has querido que mezcle estudios con diversión, pero lo que veo en este chico es más

que eso, es motivación, iniciativa... ¡Es tan entusiasta! Quizás se me pegue algo...

No sé si te sentará mal o no saberlo, pero me decidí y me quedé con él hasta la hora de comer allí en la biblioteca. ¡Y estudié, eh! La verdad que estudié... Sólo me distraje un par de veces porque me pasó un papelito de un dibujo de una rana y que el país del que venía era «CROAC-CIA». ¡Qué tontería! Pero me reí, y mucho, y el hecho de tener que aguantar la risa en un sitio donde no se puede hacer ruido me hace reírme más aún... ¡Pero estudié, eh! De verdad. No sé, quiero explicarte que estuvo bien... No pasó nada malo. Hasta entonces he tenido miedo de que me despiste en los estudios o no haga bien algo porque me distraiga haciendo otras cosas, pero ese detalle hizo que yo luego me centrara mal, por haber perdido un par de minutos... En fin, creo que me presiono demasiado y de alguna manera pasé una mañana distinta.

Todo el cúmulo de cosas que me habían pasado, otro día cualquiera hubiera acabado con una tarde de agobio y «depresión» como yo la llamo me rendando en el sofá y esperando a que se vaya el sol mientras preparo las cosas para el día siguiente. Pero esta vez no, tenía esa intriga por lo que pudiera pasar, esa alegría de haber estado bien, esa sensación de haber salido. ¿De dónde? No lo sé... no sé de dónde, pero salí.

Lo curioso de todo esto es que me acuerdo de lo que me contaron el primer día de universidad: la

leyenda de que en la biblioteca surgían las mejores parejas. No quiero pensar en pareja, ni en futuro, ni en nada por el estilo, tranquila... pero aunque me da vergüenza decirlo, a ti te lo cuento: todos mis problemas se fueron. Tuve una sonrisa durante todo el tiempo que estuvimos juntos allí en la biblioteca, que ya te hubiera gustado ver. Fueron un par de horas, pero podría escribir un libro sobre ello.

No me preocupaba limpiar la casa. No me preocupaba mi hermana y sus tonterías. Tampoco estuve preocupada por exámenes, estudios... No me acordaba de nada. Pero en el buen sentido, te digo. No me preocupaban ni para bien ni para mal. No me acordaba de... ¡los lápices de colores!

Me he tirado toda mi vida obsesionada con esos lápices. Realmente le he dedicado un esfuerzo mental para que los lápices me ayudaran y a veces hasta me han incomodado. Mis lápices han sido todo un apoyo para mí, a veces me ha costado reconocer mentalmente que no... Ya te he dicho que eran una muestra de confianza, no de seguridad. Parece que ni una cosa, ni otra. Mostraban tal vez todo lo contrario. Pero me daban suerte...

... vaya.

Quizás los lápices de colores, realmente, no den suerte. Quizás todo pase por alguna razón. Quizás este chico no sea un cambio, sino una oportunidad de avanzar. Tal vez sí que me haga la dueña de casa, aunque pensándolo bien... creo que llevo ya unos años siéndolo. Y este chico, no me lo puedo quitar

de la cabeza. Él me habla de una manera que... me siento querida.

¡Vaya, esto sí que es una tontería! ¡Entiéndeme! Es como si quisiera hacerme sentir bien. Cuando se acercaba la hora de comer y empecé a recoger, él también lo hizo, salió incluso antes y me esperó fuera. Allí sí podíamos hablar bien y sin susurrar. Madre mía, tenía miedo a que me sonaran las tripas... Ya sabes que a veces parecen una orquesta sinfónica. Me preguntó más de una vez si había aprovechado el tiempo y me deseó suerte. Fíjate, qué curioso, que me encanta que yo lo viera tan seguro de sí mismo y ahí le noté nervioso... ¿tímido incluso? Un poquito, tal vez. Parezco una de esas niñas de canales de televisión infantiles que escriben diarios sobre sus amores en el instituto, sólo que yo te lo cuento a ti y así... ¡Y no voy al instituto!

Y ahora que lo pienso... ¿Y Noelia? Cuando me vea me va a preguntar, seguro. ¿Qué le digo? Bueno sólo hablé con un compañero de clase, no pasa nada. Además, a lo mejor ni me pregunta. Me estoy preocupando hasta por eso... ya te digo que parezco una de esas niñas. ¡Pero me siento así! Ojalá pudiera pasar más tiempo con él, me hizo sentir como nadie...

No te tomes a mal lo que te intento decir... No quiero fallarte, pero... Mamá, perdóname si voy con él más veces. Sinceramente, desde que nos dejaste, es la primera vez que te veo de nuevo. Te he sentido en él. ¡De verdad! Te he sentido mucho más en un

rato que en estos años. Te he sentido mucho más en él, fuera de casa... ¿Es gracioso verdad? No estoy llorando, tranquila, sólo tengo algo en el ojo. Te sentí y no fue en casa... podría... podría intentar explicarlo pero no sabría cómo, y no sé si me entiendes pero no estuve preocupada por nada y no pensé en ti, estaba a gusto como siempre lo había estado contigo... ¿Y sabes dónde? ¡En la biblioteca!... Nunca quise ir a una biblioteca y mírame cómo tiemblo al pensar que no sólo fue la biblioteca lo que me hizo sentir así. Fue el momento, la compañía, las ganas, lo diferente. La de veces que he dicho que no iría a la biblioteca ¿eh?... Y te he sentido más allí que cuando vengo aquí al cementerio a sentarme delante tuya, y contarte días como éste.

Cuatro años, cuatro fotos

Emilio Manuel Prieto Maehokama

El mes de septiembre tocaba arrebato y retirada al fortín ante su más que inminente final. Y pese a que octubre asomaba ya su cabeza por entre los matorrales del calendario, pareciera como si el estío se resistiera a marcharse con viento fresco. Las temperaturas no anunciaban su intención de descender aún, por lo que aquel día elegí minuciosamente un atuendo acorde con todo ello. Concebía aquel 24 de septiembre como una fecha clave en mi vida, como efectivamente pude comprobar con posterioridad.

Con inenarrable nerviosismo dirigía mis pasos hacia la que sería mi casa durante los siguientes cuatro años. Morada de una nueva vida que se abría ante mí. Con paso pretendidamente firme sobrepas-

sé el cancel de la facultad. Bordeaba un caminito de tierra cuando alguien me llamó la atención:

—¡Eh! —me gritaron desde algo más allá. Yo me giré—. ¡Mira por dónde pisas, desgraciado!

El jardinero me señaló el suelo y comprobé cómo había estado a punto de pisar un pequeño brote, un arbolito incipiente que pretendía abrirse camino entre la tierra en que se asentaba. Me aparté y seguí caminando, ya con menos seguridad, algo que fui recobrando en los minutos siguientes. ¡Qué iba a decirme a mi un jardinero! ¡Hombre! ¡Menuda tontería!

Al poco estaba en la puerta del aula. Estaba cerrada, mas ello no me inquietó. Un pequeño grupo de alumnos, todos de primer curso al igual que yo, también se encontraba allí. Pronto se hizo un corrillo, en el que todos nos mirábamos de reojo intentando calibrar a los que serían nuestros compañeros a lo largo de cuatro años. Bien es cierto que a algunos ya los había visto la tarde noche anterior en una fiesta universitaria, pero al resto no los conocía.

—Estuvo bien anoche la fiesta ¿no? —decían algunos.

—¡Qué desfase! —comentaban otros.

—¡Esto es vida universitaria!

Iban transcurriendo los minutos, inexorables, lentos, pacientes. Y allí no abría nadie la puerta del aula. Apareció algo más tarde un chaval de nuestra edad al final del pasillo. Se nos acercó y nos comunicó que, debido a una pequeña confusión, el aula

correcta no era aquella, sino otra. Años más tarde me ocurrió algo muy similar cuando empecé otros estudios, y no lo pude interpretar como un mejor presagio de lo que estaba por venir.

A un lado y a otro los profesores impartían sus lecciones. Sus voces se entremezclaban con las de aquellos que permanecían fuera de las aulas, formando un todo indistinguible.

Una vez en la clase el profesor, de apellidos rimbombantes como no podía ser de otra forma, nos preguntó los nombres.

—Ricardo Olmedo de Vergara —respondí.

—Estimado profesor —interrumpió el muchacho que había salido a buscarnos— creo recordar, si no es indiscreción, que dispone de un listado actualizado de los alumnos en el tercer cajón de la mesa.

—Muchas gracias Florián —contestó el profesor.

¡Vaya tío repelente el Florián este! Me dije. Abrí el ordenador y me puse a leer un periódico deportivo.

* * *

Justo después de finalizar aquella clase me dirigí hacia la biblioteca de la facultad, con la sana intención de escoger un libro de lectura. Algún tiempo atrás había leído *Estudio en escarlata*, la primera novela de Holmes y pretendía continuar con *El signo de los cuatro*. De pronto me percaté de reojo cómo una muchacha avanzaba con seguridad hacia el mismo pasillo, la misma estantería y

el mismo estante que yo. Yo sabía que únicamente había un ejemplar, y con escaso disimulo eché a correr hacia mi objetivo. Alcé la mano y por escasos segundos logré hacerme con el volumen. Sonreí a mi alrededor, pero nadie pareció darse cuenta de lo que acababa de pasar. Sólo la muchacha que yo había visto me miraba. Se había quedado suspendida, casi congelada en el aire, haciendo ademán de ir a coger el mismo libro que yo. Por unos segundos la miré fijamente a los ojos. Ella me devolvió la mirada con brevedad y se marchó por donde había venido, haciendo ruido con sus tacones sobre el suelo y haciendo girar las cabezas hacía sí, atrayendo todas las miradas. Yo me quedé asiendo el libro entre mis manos, cada vez más fuerte.

Estaba en mi clase. Se llamaba Aurora Ruano Nantes. Y era la mujer más guapa que yo había visto nunca.

* * *

Ha transcurrido un año y noviembre llegó, como suele. Con frío y con lluvias. Con tonos cada día más grises en el cielo que batallan con el ocre de la luz de media tarde en otoño. Con noches cada vez más madrugadoras y albas más bien perezosas y remolonas. Así son estas fechas y así se presentaba aquel día.

Llegué a clase empapado, calado hasta el tuétano. Tomé asiento y acto seguido el profesor entró al aula y comenzó su exposición magistral:

—... Ya les digo que a mí el nuevo plan de estudios no va a hacerme cambiar la forma en que imparto mis clases. Libertad de cátedra, artículo 20.1 c) de la Constitución. Y esta tontería de pasar la hojita de firmas como si estuviéramos en el instituto —se limpiaba la manga de la chaqueta—. Por cierto, ¿la han pasado ya?

—Sí, profesor —saltó Florián como un resorte desde su asiento en primera fila, dispuesto a alcanzarle el folio casi vacío de firmas.

—Estupendo, se la guarda y la entrega en el departamento, no estoy yo para hacer estas cosas.

A mi me dio un poco de lástima aquel chico, pero pronto el profesor lanzó las bases para un trabajo que debíamos realizar en grupo. Y aunque yo pretendía azarosamente caer en el grupo de Aurora para conocerla algo mejor, acabé en el de Florián. Salimos en dirección a la biblioteca, donde nos hicimos con una de esas estancias insonorizadas en que trabajar en grupo.

Un grupo de cotorras, diríase. Casi cuarenta minutos habían transcurrido ya, y aún no habíamos ni repartido los roles siquiera. Yo me senté al lado de Florián.

—Aquí no avanzamos ¿eh? —le dije, intentando iniciar una conversación.

—En absoluto —contestó él sin apartar la mirada de un manual que estaba consultando. De repente lo cerró, me miró a los ojos y se presentó—. Soy Florián Villegas —sonriendo me extendió la mano.

—Yo, Ricardo Olmedo —dije, perplejo. ¿Pues no llevábamos año y medio en el mismo grupo?

—Sí, ya sé cómo te llamas —respondió Florián—. Era por si acaso. ¿Sabes? La gente no suele quedarse con mi nombre.

—¡Oh! —exclamé—. No te creas ¿eh? Más de lo que piensas. La gente como tú siempre destaca.

—Vaya, muchas gracias —respondió él. Hizo una pausa y continuó—. De acuerdo, manos a la obra. Hay que repartirse el trabajo. ¿Cómo vas de tiempo?

—Preocupantemente mal —aseguré—. Los exámenes de recuperación de diciembre me tienen frito.

Y era cierto. El curso anterior estuve con la guardia baja, y como suele decirse, me había cogido el toro. Junio fue un desastre, y en septiembre directamente ni lo había intentado. Sólo restaba diciembre como última tabla de salvación para hacer digno un año entero que me había tirado sin dar un palo al agua.

—No te preocupes, pues —dijo Florián—. No es un trabajo pesado el que nos han encomendado. Tú cuenta conmigo para lo que necesites.

—Muchas gracias, es un gran detalle por tu parte —apunté, agradecido. Me fijé en algo brillante que sobresalía de su plumier—. ¡Eh! Tienes una goma de Tintín.

—Así es, soy un gran aficionado —contestó.

—Yo también —dije.

Aquella misma tarde aproveché para salir y realizar algunas compras propicias de la época en que nos encontrábamos. Previsor estaba yo aquel año, y eso me gustaba. Hube de pasar junto a la facultad y a lo lejos vi a un operario de jardinería colocando una guía junto a un arbolito que se veía endeble.

El ambiente en el centro de la ciudad era formidable. La borrasca había pasado de largo, finalmente, y todo el mundo parecía haber salido a un tiempo, como si fueran setas u hormigas que aguardan a que escampe. El aire estaba húmedo, y olía a tierra mojada. En algunas zonas el pavimento resbalaba, pero eso no había impedido a nadie verificar sus compras navideñas.

Aquel año las luces ornamentales habían sido encendidas con antelación, por aquello de fomentar el comercio en tiempos de crisis. Yo no necesitaba que me fomentara nadie, de forma tal que paseé durante un buen rato, mirando escaparates y comparando precios, abrigado hasta la nariz con mi bufanda y mis guantes.

Humo en el ambiente, y un olor delicioso. La máxima expresión del otoño. Un puesto de castañas. Una anciana señora, calé, jaleaba arengando a la compra, mientras su marido, ataviado con sombrero y bufanda de una sola vuelta en el cuello, removía una gastada cacerola sobre el tubo candente.

Me acerqué al puesto, a la par que una muchacha de mi edad, algo más baja y muy guapa. Aurora Ruano. Larga melena castaña, ojos negros color tizón y labios rojo carmesí.

—Cóbrate lo mío y lo de ella —le dije a la anciana entregándole un billete. Aurora se giró y me miró sorprendida.

—¡Hola, Ricardo! —saludó con cierta alegría. No es que hubiéramos congeniado mucho a lo largo del último año, pero de compartir clase cada día algo había quedado—. Ni se te ocurra.

Ignorándola insistí a la vendedora en que se cobrara

—A mí me da igual cobraros dos veces ¿eh? —intervino la anciana, *iocandi causa*.

Los tres nos reímos, y Aurora y yo nos alejamos del puesto conversando brevemente.

—Muchas gracias, hombre, pero no tenías que haberlo hecho.

—Ni me las des —contesté, apretando las manos contra las castañas del frío que tenía.

—Eso sí —prosiguió ella— esto no borra del todo el mal gesto del año pasado en la biblioteca el primer día de clase —se rió.

—Me hago cargo, pero espero que en parte sí lo haga. Todo sea por el compañerismo —dije yo.

—Oh, desde luego —Aurora dejó una breve pausa—. Oye, me marcho ya. ¿Vas a la fiesta del jueves que viene?

La pronunciación de sus «jotas» me encantaba, y tardé algo más de lo que hubiera querido en responder.

—Es posible, aunque poco probable —contesté— tengo los exámenes de diciembre a la vuelta de la esquina, acechando agazapados.

—Ya veo —finalizó ella.

Se alejó rápidamente. Y aunque aquel había sido un día fructífero y a mi alrededor se agolpaba el gentío, me sentí solo.

* * *

El mes de enero del tercer curso fue, con mucho, el más intenso académicamente hablando de cuantos pasé en la facultad. Con enorme dificultad había solventado los exámenes el septiembre anterior, pero finalmente avancé limpio de polvo y paja. Todo con la impagable ayuda de mi buen amigo Florián, quien sacrificó parte de su verano para ello.

Pero aquel año sería diferente. Aun decidido como estaba a aprobar todo a la primera por fin, me había dormido en los laureles algo más de lo debido, y pese a que contaba con tiempo suficiente, no podía permitir que un sólo minuto se escapase. Los exámenes de febrero estaban más cerca de lo que parecían antes de Navidades.

A todo ello se añadía un grave problema familiar que me obligó a buscar trabajo de repartidor a tiempo parcial para poder costear los estudios. Mi amigo Florián lo sabía, y procuraba ayudarme

en todo lo que podía, pero en última instancia las horas de estudio debía ponerlas yo sobre la mesa.

En base a todo ello, mi mente se vio situada en una más que lógica encrucijada de caminos. De una parte, proseguir con el ritmo de vida que llevaba desde septiembre. Trabajo y estudio a partes iguales. Y ciertamente que yo no alcanzaba a ver frutos que correspondiesen a mi esfuerzo. A todo ello se sumaba la escasez y dificultad que representaba el mercado laboral que se atisbaba en el horizonte, lejano, sí, pero aproximándose inexorable. La otra opción era, dejarlo todo.

Florián y yo nos encontrábamos en la biblioteca, tratando de estudiar. Eran unas mesas largas y enormes. Pese a que aun era media mañana, ya restaban pocos lugares libres.

—Insisto, Ricardo —continuó Florián—. Deja de pensar en esas cosas. No van a ninguna parte, no tienen sentido alguno.

—¡Ah! Para mí sí lo tienen, amigo —respondí yo—. Si las circunstancias te sobrepasan como lo hacen conmigo, si cada mañana poner un pie en el suelo es doloroso, si cada noche al acostarte te duele el pecho. ¡Ay! ¿No valdría más dejarlo todo y colaborar en levantar mi casa, mi familia a tiempo completo que perder aquí el tiempo estudiando?

—No digas eso —dijo Florián.

—Lo digo y casi lo mantengo —le corté—. El que no lo experimenta en primera persona no sabe a qué me estoy refiriendo.

El tono había ido subiendo de volumen y alguien chistó para que nos calláramos. Un poco airado torné mis ojos y mi atención de nuevo a los apuntes que tenía ante mí. Suspiré hondo y traté de continuar. Al poco rato, Florián, con gesto de extrema preocupación, volvió a la carga.

—Detente y reflexiona, Ricardo. Piensa que un sacrificio ahora puede tener beneficiosas consecuencias en el futuro —dijo, recogiendo sus cosas—. Mira quién viene por ahí. Te dejo porque presumo con total certeza que no me vas a hacer caso desde ahora.

—Una presunción *iuris et de iure*, querido amigo —dije, sonriendo.

Aurora había entrado en la biblioteca, más guapa que nunca, si cabe. Cuando se cruzó con Florián se quedaron hablando. Ambos me miraron desde la distancia. Sus rostros expresaban gravedad y preocupación. Yo hice como que no me daba cuenta que estaban hablando de mí, y giré la vista, en dirección al enorme ventanal del que disponía la biblioteca.

Fuera, en el patio de la facultad, un jardinero podaba un árbol que estaba floreciendo de manera incipiente, y le retiraba mimosamente una guía de madera a la que había estado atado con anterioridad. Me quedé pensativo por unos momentos,

Florián y Aurora se despidieron brevemente, y ella dirigió firmes sus pasos hacia donde unos instantes atrás Florián había estado sentado.

—Perdona —me dijo un chico de primer curso—. ¿Está ocupado este sitio?

—Por descontado que sí —le respondí poniendo mi carpeta en el espacio libre que había dejado Florián, quizás demasiado airado.

El chico se marchó sin rumbo y oteando el mar de cabezas humanas en busca de algún espacio. Entretanto Aurora ya estaba a mi lado. Sin preguntar se sentó.

—Acabo de decirle a un chico hace un momento que este asiento está ocupado —le dije sonriendo.

—Hola, Ricardo —no se había inmutado—. ¿Qué tal van las cosas?

—Bien, bien —respondí mientras ella arqueaba las cejas y me miraba fijamente, como si pudiera ver exactamente lo que pasaba por mi mente y supiera que yo estaba mintiendo. Instinto femenino lo llaman—. Bien... tirando a regular.

—Ya —dijo Aurora—. Sabes lo preocupados que estamos Florián y yo ¿no? Por ti. Somos tus amigos, Ricardo.

—No me pienso bajar del burro. La decisión es sólo mía —interrumpí.

De nuevo alguien nos mandó callar desde el final de la sala. Aurora sacaba una carpeta de su bolso de manera parsimoniosa y lenta, sin decir nada y concentrada en lo que hacía.

—Necesito que me expliques esto —me dijo, señalando unos apuntes de mil colores.

—Aurora, no creo ser el más indicado para...

—Sé que dominas esta materia en concreto, hombre. Venga. Diferencia entre capacidad y legitimidad procesal.

Desde luego que así era. Tantas horas de estudio habían de servir para algo. La miré fijamente a los ojos. ¿Cómo iba a negarme? Y para mi sorpresa logré desenvolverme con cierta maestría, explicando claramente la materia, de forma tal que cuando Aurora y yo nos despedimos sus dudas se habían disipado.

Y las mías también. Todas.

* * *

Corría el mes de mayo de nuestro último curso juntos entre las protectoras paredes de la facultad. El calor, que se venía anunciando desde algunas fechas atrás, hizo finalmente acto de presencia en aquella semana en que tendría lugar la ceremonia de graduación. Las tardes se aletargaban y el día parecía no querer irse nunca a dormir. El aire se tornaba apacible, y la cercanía del verano hacía plantear el mundo y la forma de vivir de una manera diferente. La gente ya hacía vida estival.

Por aquel entonces no se hablaba de otra cosa en los pasillos que del acto de graduación que tendría mi curso y de los posteriores exámenes de junio, ambos ya cercanos en el tiempo. Florián y yo nos encontrábamos sentados en el césped de la facultad, disfrutando de aquellos nuestros últimos días de estudiantes.

—Ciertamente que en cuatro años han pasado innumerables cosas —dijo Florián.

—En efecto —asentí—. ¿Te acuerdas cuando aquel profesor le tiró por la ventana el libro fotocopiado a Héctor Clotet?

Ambos nos reímos con ganas. Aquel episodio fue recordado durante muchos días en su momento.

—Y no olvides —proseguí mirando a Florián— que uno de nosotros va a obtener con total seguridad el premio a la mejor trayectoria académica.

—No es para tanto —Florián le restó importancia, arrancando una brizna de césped mirando distraídamente a un grupo de alumnos de primer año—. Además, todos hemos progresado en la medida de nuestras posibilidades. Tú tienes más mérito que yo, aprobaste todo el pasado junio en primera convocatoria. ¡Y trabajando!

—Ya, tienes razón —dije con cierto tono de orgullo—. Lo mío me ha costado.

Me acomodé levemente y apoyé mejor la espalda sobre el enorme ciprés bajo el cual me encontraba.

—¿Ya has ensayado el discurso para esta tarde? ¿El de graduación? —inquirí.

—Por descontado —afirmó Florián, también con orgullo pero nervioso a un tiempo—. La de hoy va a ser una gran velada. La ceremonia y la posterior fiesta.

—¡Fiesta! Hace cuánto que no voy a ninguna. Desde segundo de carrera, creo. Estoy convencido

que la de esta noche será inolvidable –coincidió con mi amigo–. Me produce mucha tranquilidad tener todas las materias prácticamente estudiadas. Pero a saber qué hay más allá del verano. Qué nos aguarda.

–Quién sabe –dijo Florián, inquieto y más pensativo que nunca.

La vi desde lejos, caminando. ¿Cómo era posible que cuatro años atrás me pareciera guapa y hoy lo fuera más aún? Sólo interpretando que mi mente se había ensanchado en este tiempo, en todos los sentidos. Y allí estaba ella. Me miraba desde lejos, sonriendo.

–Florián –dije–. Tengo que marcharme. Nos vemos esta tarde, amigo.

–Adiós, amigo –se despidió él.

Aurora entró en la biblioteca, y yo le hice señas para que saliera.

–Aurora, verás –comencé– tengo algo para ti. Pienso que significa mucho para los dos.

Le extendí un paquete envuelto, de forma rectangular. Ella lo abrió rápidamente, con un gesto fronterizo entre la sorpresa y la extrañeza. Era un libro. *El signo de los cuatro*. Aurora enmudeció por unos momentos, que en mi memoria siempre se representaron eternos, pero finalmente me miró a los ojos y se echó a reír...

–¿Y esto? –fue lo único que acertó a decir.

–Ahora que finalizamos nuestra etapa en este lugar quería tener un gesto hacia ti –contesté–. Por todo lo vivido durante estos cuatro últimos años.

En su mirada se abría un abismo que yo no supe interpretar.

—Muchas gracias Ricardo, de verdad.

—No hay de qué —contesté.

—Creo que definitivamente esto salda nuestras cuentas pendientes —dijo Aurora.

Ambos nos reímos.

—Por cierto, ¿cómo vas esta noche a la cena de graduación? —quise saber.

—Mi madre tenía pensado acercarme.

—Yo te llevo —ofrecí.

—Estupendo —aceptó ella.

Ambos nos quedamos un poco cortados, sin saber bien qué decir. Al poco, nos despedimos, pensando ya definitivamente en nuestra inminente graduación.

* * *

La ceremonia había comenzado hacía una hora aproximadamente. La tarde se tornaba fresca y agradable, y el sol se negaba a abandonarnos. Un pálido color naranja aún teñía el patio de la facultad, rebosante de asistentes.

Tras los inevitables discursos protocolarios del rector, del decano y de nuestro padrino de promoción, le llegó el turno a Florián, que representaría a los alumnos. Subió al estrado con aparente firmeza, pero yo conocía bien a mi amigo. Y sabía perfectamente que la emoción, los nervios y las ganas de agradar libraban una intensa batalla en su interior.

Llegó al atril y se aclaró la garganta, carraspeando. Bebió un poco de agua y comenzó: «*Ex umbra in solem*, que viene a significar, desde la sombra a la luz...»

Me fijé en Aurora. Estaba sentada algo más adelante, en primera fila. Y las palabras no servirían para describirla en aquel momento. Ignoro cuánto tiempo estuve embobado, pero en un determinado momento retomé el hilo de lo que mi amigo Florián estaba diciendo, ya próximo a su final: «... Aquí hemos evolucionado en nuestro talento y capacidad de sacrificio. Hemos hecho amistades que durarán toda la vida, e incluso alguno ha encontrado el amor. Sólo puedo decir una palabra: gracias».

El aforo prorrumpió en aplausos y vítores. El discurso había entusiasmado a las masas. Y mientras aplaudía, me fijé en que allá a lo lejos había un árbol, cargado de frutos maduros.

* * *

El curso acabó extraordinariamente bien. Florián obtuvo el reconocimiento a la mejor trayectoria académica; y Aurora y yo aprobamos sin mayores dificultades. Y cuando el mes de septiembre tocaba arrebató y retirada al fortín ante su más que inminente final, me presenté dos veces en la biblioteca de la facultad.

En la primera acudí con Florián. Habíamos comprado *pro indiviso* un ejemplar del álbum *Tintín y el cangrejo de las pinzas de oro*, cosa mueble

que procedimos a donar a la biblioteca. En la primera página dejamos escrito lo que sigue: «Estas paredes serán para siempre nuestro particular Karaboudjan. Aquí nos conocimos y se forjó una gran amistad que perdurará siempre».

Aurora y yo, por nuestra parte, nos hicimos con un ejemplar de, como no podía ser de otra manera, *El signo de los cuatro*, libro que también donamos a la biblioteca con esta dedicatoria: «Gracias por tener sólo un ejemplar. John H. Watson y Mary Morstan».



*Este libro se terminó de componer
el 19 de junio de 2014 día
en el que Felipe VI fue
proclamado rey de
España ante
las Cortes
Generales*

